

# A Quien Corresponda

## Remiten

**José Luis Velarde**

**Guillermo Lavín**

## Administración

Ma. Enriqueta Montero Higuera  
Alejandra García Cabrera

## Coordinación Zona Sur

Gloria Gómez Guzmán  
Jorge Maldonado

## Coordinación en Nuevo Laredo

Héctor Romero Lecanda  
Federico Schaffler

## Coordinación en Reynosa

Graciela Ramos

## Coordinador en Monterrey

Renato Tinajero

## Coordinador en Matamoros

Arturo Zárate

## Coordinación en Cd. Victoria

Arturo Castrejón  
Carmen López

## Corresponsal en Europa

Víctor Aquiles Jiménez

## Consejo Editorial

Héctor Carreto  
Roberto Arizmendi  
Arturo Castillo Alva

## Diseño y portadas

Guillermo Lavín  
José Luis Velarde

Dirigir correspondencia a: **Río San Marcos y Río Tamesí  
#104, fraccionamiento Zozaya, Cd. Victoria,  
Tamaulipas. CP 87070.** También recibimos  
correspondencia en el correo electrónico:  
**cactusediciones@hotmail.com**  
Visite nuestra WEB:  
[Http://aquiencorresponda.spedia.net](http://aquiencorresponda.spedia.net)

☎ (131) 2-32-33

**A Quien Corresponda** es una revista mensual que cuenta con el apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a la edición de revistas independientes "Edmundo Valadés 1999". Nombre con registro en trámite para la reserva de derechos de título ante la Dirección General de Derechos de Autor. Expediente: 206/98.352/. #106. Diciembre del 2000. Impreso en Ciudad Victoria, Tamaulipas, México.  
**ISSN: 0188-5863**

# Fantasia y Ciencia Ficción de España

**Edición 2000**

## Narrativa

**La espera / Carlos  
Pavón...(4)**

**Josaphat Rey / Luis García  
Prado...(12)**

**Guía secreta de la ciudad /  
Sergio Azlor...(18)**

**El guerrero del algoritmo /  
Pablo Tusset... (28)**

**Historia sagrada / David  
Soriano...(32)**

**Correo Insospechado... 42**



## ■ A Quien Corresponda:

1.- “En este nuevo volumen de CF española damos voz a los jóvenes autores que pugnan por hacerse un hueco. Jóvenes con talento que pueden llegar a ser, más que un relevo, una bocanada de aire fresco que estimule a los demás escritores y empuje al género en España a nuevas cotas de calidad. Ideas, talento y maneras no les faltan. Como siempre, esperamos que reafirmen sus buenos comienzos y que no se queden en el camino por la endémica falta de oportunidades que padecen nuestros escritores. Espero que disfruten de esta nueva muestra de la CF hispana de ultramar.”

Manuel Diez

2.- Agradecemos a nuestro amigo Manuel su tercera participación en estas páginas. Su constante colaboración como corresponsal, nos permite expandir horizontes literarios y ofrecer a los lectores novedades escritas ultramar. Usted puede encontrar la revista *Ad Astra*, en la siguiente dirección: <http://dreamers.com/adastra/>

3.- Al 15 de noviembre del año 2000 en que cerramos esta edición hemos recibido los siguientes trabajos para nuestro *III Concurso Internacional de Cuento*. Están ordenados de acuerdo al alfabeto. En cursivas aparece el nombre del cuento, luego el seudónimo y la procedencia. Ante esta copiosa participación hemos decidido esperar hasta el fin de mes para dar cabida a los trabajos depositados de última hora. Obviamente tendremos que posponer el veredicto del jurado hasta el próximo 31 de enero.

Mil gracias por su comprensión.

## Participantes en el III Concurso Internacional de Literatura A Quien Corresponda al 15 de noviembre

1980, Alberdi, España; *Al abrigo del agua*, Fortunio Bonavista, España; *Apoteósica contranatura*, Lamberto Palacios, México; *Avisos parroquiales*, Madariaga, Argentina; *Azares*, Bekerel, Perú; *Bionet*, Idibal Zemog, Argentina; *Blues en el molino*, Leandro Suez, Argentina; *Campo Flores*, Roberto Drode, Argentina; *Capacitación*, Cabazorro, México; *Cartas de colores*, Rita la Cantaora, España; *Casi dálmata*, Kaspar Hauser, Argentina; *Cerrar los ojos pa' ver mejor*, El fogón, México; *Chenque*, Es de locos, Argentina; *Cinco pisos*, Son de libertad, U.S.A; *Cinefilia*, V. Infante, España; *Colegiales*, Luis Pablo Stark, México; *Concierto para ángel y sinte*, Lucino Botello, México; *Consunción*, Hipocampo, Argentina; *Corazones enemigos en el fondo del río*, Riada, Argentina; *Cosas que ocurren aquí*, Orión, Argentina; *Cristales rotos*, Dennis Johan Brumer, Venezuela; *Cuando se tiene la coartada*, El búho verde, Argentina; *Cuyémbor*, Maga Buendía, Argentina; *De parte de Julián*, Polo, Argentina; *Desde la ventana*, Beso, Costa Rica; *Desencanto*, Odiseo, Argentina; *Destino*, Xena, Argentina; *Detalles*, T.R. Lozano de Sosa, España; *Día de invierno*, Claudia, Argentina; *Dibujos personales*, Sahlue, Canadá; *Didot*, Anunciata, Argentina; *Diferencia de equipaje*, Adolescencia, España; *Doroti*, Anni, Argentina; *Eclipse de sol*, Martin Silenus, España; *Él*, Fábula, Argentina; *El acantilado y la gaviota*, Sunwriter2000, U.S.A.; *El Amor, la Pasión, la Envidia y otras cosas más en el Pueblo de los Caídos en la Guerra de la Liberación*, Asteroide, Italia; *El Argern*, Tomás Páez, México; *El caballo azul*, Zenón, Venezuela; *El camino*, Déborah Fuentes, Argentina; *El clásico*, Baba-Yaga, Argentina; *El coronel y la yegua*, Negro, Argentina; *El cuarto de juntas*, Steven Morrissey, México; *El diano del inteligente*, Tronco, Bolivia; *El doble*, Del, Argentina; El Dorado, Almerio Cruz, Perú; *El duende de las nueve y media*, Iman, Holanda; *El final de la infancia*, Rigel, Bélgica; *El hermano menor*, N.H. Días, Panamá; *El hombre*, Sonny, Argentina; *Elija su tarta y sea feliz*, Teodoro Esturión, España; *El juego de la vida*, Uzasku, España; *El juego entre lo oculto y lo dicho*, Espiga, Venezuela; *Ella, versión 2*, Fan de Salgari, México; *Ellas nos miran torcido*, Juan May, México; *El médico de cabecera*, Giovanni di Salina, España; *El monumental y el retratista*, Machu Pichu, México; *Enamorada*, Toña la Negra, Venezuela; *El placer de la perversidad*, El desperfecto recalcitrante, España; *El predicador*, Mariflor,

Ecuador; *El puente de Feliciano*, Mangore, México; *El reino de la confusión*, Rómulo, Venezuela; *El robo*, Valjean, Argentina; *El sistema*, Arnaldo, Argentina; *El sonido*, Antonio Cabrera Machado, España; *El tren del vivir*, David de Graus, España; *El tres de siempre*, Huache Erre, U.S.A.; *El verano recién comienza*, Morgana, Uruguay; *El viaje inaugural*, Don Cholo, Argentina; *El viajero americano*, Mapú, Argentina; *El vendedor*, Martín Fisher, España; *Emmanuel*, Toribio Anzaldo, Argentina; *Érase una vez un gato*, Hermit, México; *Ese pequeño detalle*, La gabardina de Harpo, España; *Espejismos*, Félix Leo, Israel; *Esquizofrenia*, Ulises, Argentina; *Fidel*, Zeta, México; *Gabriela y Lucinia*, Gabriela, España; *Historias cotidianas*, Addis Ayala, México; *H.H.*, MC.VET, Argentina; *ICQ#46233512*, Nahuel Aylen, Argentina; *Jalea eterna*, Popi, Argentina; *Juana*, Rumanuel, Argentina; *Juguete bizarro*, Hierónimus, Argentina; *Juventud Ruta 2000*, Carmina Burana, Mexico; *La amabilidad*, Lavedra, Argentina; *La bala de la muerte*, Magilus, México; *La bien casada*, Luli Muñoz, Argentina; *La brevedad de lo bueno*, Aleph, Israel; *La caja*, Javier Aguado, España; *La canción de las palomas*, Esteban Rex Luseus, Argentina; *La confesión*, Ivalón Suavalle, Canadá; *La cotorra y el tintero*, Cóndor Sagaz, Israel; *La doncella y el dragón*, Aurelio Mendoza, México; *La espiral de oro*, Lena Bernhart, España; *La extraña noche de Aldemaro*, Fakir, Chile; *La historia de Rufino Garaycochea*, Mate amargo, Argentina; *La hora de la hinchada*, Nanreh, Argentina; *La huída*, Urlises, Argentina; *La isla de Gardel*, Juan de Paliques, España; *La libreta amarilla*, Rick Taylor, Paraguay; *La máscara*, Torvic, España; *La muerte blanca*, Setenta, Uruguay; *La muerte de mi día*, Mosquet, Canadá; *La novia triste*, Alberto Pespíd, Uruguay; *La novela apócrifa de Nezval*, Andrés Pertón, Colombia; *La otra*, Toulouse, Argentina; *La piscina*, Mandarinina, México; *La prueba*, Gienath del Roble, España; *Las Balandas de Luciano Peralta*, Andrés Aldao, Israel; *Las desventuras de Ochoa*, Gregorio Samsa, Argentina; *Las manos de Samira*, Paz Ibáñez, Canadá; *Las mujeres de los chales negros*, Mutatis Mutandi, México; *Las nuevas melodías*, Fortuna, España; *La sonrisa de la amnesia*, B. Ramsoff, Colombia; *Las voces del pasado*, Montserrat Arcís, México; *La vergüenza*, Silvio, Uruguay; *La vieja*, Thay, Argentina; *La zancadilla*, Pulqui, Canadá; *Libro de los días en la isla*, Selkirk, Argentina; *Lino*, Alistarco, Perú-Suecia; *Listeria*, James, Argentina; *Los aman-*

*tes*, Nirvana, México; *Los Terrucos*, El arequipeño, Perú; *Lula y Lupo* (fábula amor), Marcela Cuevas, España; *Macuro*, Anliz, Venezuela; *Mañana no será otro día*, Avishai Sohar, Colombia; *Me gustas mucho*, Emc2, Argentina; *Miedo al agua*, Alonso de Asorey, España; *Mi pobre nariz*, Feliz, Chile; *Monólogo más allá de la muerte*, Plutarco, Colombia; *Mujer*, Tiresias, Argentina; *Mujer pájaro*, Aglariel, España; *Nadie*, Barrero, España; *Nelly*, Neurolab, España; *Ojos negros*, Antonino, España; *Paralelos*, Eswarama, Venezuela; *Puertas*, Arturo Cussó, México; *Primero in vitro*, Gaviota, Argentina; *Príncipe azul*, Corín Tellado, España; *Química*, El elegant, U.S.A.; *Quién dijo que todo está perdido*, Ernesto Vargas, Argentina; *Rachas de eternidad*, Santiago Frutos, Argentina; *Recuerda que debes aprender a olvidar*, Jamín, México; *Regalo para Manuela*, El Mi, Perú; *Rigor mortis*, Claudio Betancourt, España; *Rutinas modernas para la vida del ciudadano común*, Estifen Esteros, Paraguay; *Scottsdale*, Dongoro, Argentina; *Shammar*, Ulises Gómez, México; *Sin título*, Sin seudónimo, Costa Rica; *Sin red*, Lord Vader, Argentina; *Solo*, Anshy, Bolivia; *Somebody to love*, Aceite azul, Ecuador; *Sucia, pálida, perfecta*, Francisco Pizarro, Perú; *Tierra prometida*, Maga, Chile; *Titulares*, Francisco de Umbría, Argentina; *Tu cuerpo como la noche*, Quilitoño, España; *Tutto Bene*, Juan Gálvez, Argentina; *Últimas noticias del mar océano*, Outis, España; *Una flor en el balcón*, Jeruti, Paraguay; *Una noche de noviembre de 1968*, J.J.T., Colombia; *Una noche limpia, llena de estrellas*, Ángela Schutz, Argentina; *Una relación particular*, María Luisa Casanave, México; *Un héroe moderno*, Rita Vargas, Argentina; *Un inglés en Florencia*, Nora Font, Argentina; *Un rey rojo*, Red, Uruguay; *Un trabajo para Laura*, M.E.G.B., Argentina; *Vientos de libertad*, Néstor Rodríguez Lobaina, España; *Visita de novios*, Karium, Cuba; *Vengüemos a los muertos*, Poseidón, Argentina; *Zacapú*, Dagmar, México.

Comp pueden ver... las posibilidades son infinitas.

Sin mas:

Guillermo Lavín

José Luis Velarde

[guillermolavin@hotmail.com](mailto:guillermolavin@hotmail.com)

[jluisvelarde@hotmail.com](mailto:jluisvelarde@hotmail.com)

<http://aquiencorresponda.spedia.net>

🍷 Carlos Pavón vive en Madrid, donde, cuando no está perdiendo el tiempo diseñando webs, traduce C.F., e intenta escribir algún cuento. 1999 fue el año de su debut; publicó en la revista *Gigamesh*, en la antología *ArtifeX vol.I*, y en el fanzine *Azoth*. Como traductor ha vertido al español a Paul Di Filippo, Bruce Sterling y Greg Egan.

# La Espera

---

por Carlos Pavón  
España

---

Toronto. Lluvia.  
Y aunque ya no estaba allí, aún podía oler aquel aroma magnético flotando en el aire viciado de la habitación. Aun podía sentirme empapado en sudor, con una extraña sensación de mareo recorriéndome el estómago.

La gotera seguía llenando la vieja palangana de porcelana. Lentamente, gota a gota, poco a poco.

Me imagino a mí mismo quitándome el casco y los anillos, dejándolos sobre la cama deshecha; la fibra de vidrio ardiendo, el vinilo blando y maleable como chicle.

Demasiadas horas en la *nada*.

La *nada*. Así es como le gustaba llamarlo. Pero luego se dio cuenta de que se equivocaba. De que el paraíso nihilista que él había imaginado y bautizado como la *nada* solo existía en su cabeza. La realidad era bien distinta. Por eso me llamó. Yo era su última y desesperada

posibilidad.

Estaba solo. Había enviado a Nitta lejos. Tenía billetes para por lo menos diez ciudades distintas en diferentes puntos del globo, y ni tan siquiera yo sabía dónde se había ido.

Formaba parte del plan. Todo formaba parte del plan.

A

Ahora estoy aquí, esperando.

Pido un café y unos bollos y desayuno mientras espero.



Alaska. Dijo que su vuelo era Alaska. Observo el aeropuerto casi desierto a través de murallas de cristal oscuro. No hay apenas nadie en los asépticos corredores de la sala de espera. El café sabe a barro (debe haber algún fallo en los enlaces bioquímico-neuro-néticos, o simplemente el café es una mierda). No pruebo los bollos. Y sigo esperando, sentado en un taburete, viendo como este deforme aeropuerto se va llenando disimuladamente.

2

Todo ocurrió hace unos tres años. Aun conservo, en un lugar siempre accesible de mi memoria, el instante en el que todo empezó, la secuencia de detalles que precedieron su regreso.

Cierro los ojos y soy capaz de revivir cada gesto, cada fragmento de tiempo, cada suspiro.

Acababa de terminar un trabajito para Sánchez, algo de blanqueo, supongo, porque por entonces no hacía otra cosa que no fuera lavar ropa sucia. Agotado, me quité las lentillas y los anillos y me derrumbé en la cama.

*Entonces entraste tú, Nitta, con tu tez oscura y tus ojos rasgados, con ese aire europeo qué no sé de dónde sacas. Llevabas puesta una camiseta blanca sin mangas que dejaba al descubierto tu anillado ombligo de niña. Y ésa era toda tu ropa.*

*Veo el cielo manchado de nubes grises a través de la ventana entreabierta. Veo con dolorosa claridad (como si estuviera sucediendo en este mismo momento) cómo te acercas a mí lentamente, arrastrando tu cuerpo por el cáñamo barato que cubre el suelo de la habitación 224 del Hotel Morrison. Miro tu cintura, tus ojos, tu boca, tus manos, y no veo otra cosa que inocencia.*

Abro los ojos y el aeropuerto sigue aquí, inmóvil, irreal. Decenas de paneles cargados de imágenes anuncian la llegada de los vuelos. Gentes de todos los rincones del planeta se dan cita en este frío edificio surgido de la mente de un arquitecto punk. Cuerpos y líneas crean un universo propio en el que no hay fronteras entre lo inorgánico y lo orgánico. Marmol y cristal se funden con migrañas y bacterias. Aluminio, plástico, carne, ¿dónde está la diferencia?

Y sigo esperando.

Vuelvo a cerrar los ojos. Habitación 224. Hotel Morrison.

*Tu lengua dibuja una línea desde el pezón izquierdo de mi pecho hasta mi ombligo. Casi puedo oír la fricción de la lengua contra la piel. Luego, sobre mí, dejas que me pierda en la pluma tatuada de tu nuca, las palmas de tus manos contra el techo inclinado de la habitación. Respiro profundamente y te dejo hacer.*

Después, siempre, al final, suena el videófono.

Y es él. Siempre es él. Don. Y por muchas veces que haya revivido este instante siempre me hago la misma

pregunta: ¿era realmente él?

Abro los ojos.

B

Compro una revista y me pregunto quién podrá permitirse una versión en papel. Activo la portada con la voz y bajo el logo de la revista aparece una imagen en movimiento. Paso las páginas enumerándolas en voz alta y casi sin querer echo de menos el tacto del papel, el olor a tinta impresa. Hace tanto tiempo que no he visto una hoja de papel auténtico que ya apenas puedo recordar su olor.

La mañana transcurre, fría, lentamente. Y sigo esperando, observando el continuo goteo de gente anónima que poco a poco va llenando el aeropuerto.

Y pienso en Alaska. Y pienso en Nitta.

3

La primera vez que vi a Donald Silva estaba consiguiendo material de contrabando en la frontera de México. Era un cripto-poli, un tipo que se había pasado media vida en Quantico, Virginia, hasta convertirse en un DSS, un agente de los Data Security Services, un cerrajero. Si querías que algo estuviera seguro y lejos de las rápidas manos de gente como yo, Donald Silva era tu hombre.

Fue en un bar de Tijuana que todo el mundo llamaba el 'Carne de Cañón' y que en realidad se llamaba 'la Vieja Isla'. Un tugurio sucio y lleno de gente honrada. Me encontraba en la barra bebiendo vodka sueco. Dos tipos entraron en el bar y se acercaron a la barra. Le dijeron algo al barman y este señaló hacia mí (tenía una reputación). Me abordaron y se identificaron con estudiada naturalidad. Buscaban a un *violador*, y por supuesto, yo no era ningún puto *violador*. Yo robaba, pero nunca en toda mi vida había destruido ninguna clase de información. La sola idea de destruir la materia prima de mi trabajo me revolvió las tripas. Era como si un eco-fanático se dedicara a quemar bosques. Odiaba a esa basura. No entendía que les llevaba a introducirse en cualquier sitio con la sola intención de arrasarlo. Para mí no eran otra cosa que una moderna versión del ejecutivo-psicópata aburrido.

Ellos sabían que era un ladrón, eso casi podía verse a simple vista. Pero estaba claro que no tenían nada contra mí (al menos, no esta vez) y yo no estaba tan loco como para entrar en los archivos de la DSS. No tenía nada que ver con esos aficionados esquizofrénicos cuya única y poco lucrativa intención era una pura, simple y estúpida diversión adrenalítica.

Salieron del bar y apuré mi vodka.

C

Alaska. Siempre me gustó Alaska: frío mortal y grandes y cálidas indias de tez oscura y ojos rasgados.

Una horrible voz digitalizada emerge de uno de los múltiples paneles anunciando la llegada del vuelo. Ante la idea de volver a verla ante mis ojos, real como sólo ella puede serlo, sonrío como un estúpido.

La veo acercarse por un largo pasillo, física, orgánicamente viva, y me doy cuenta de que la quiero más que a mí mismo. Ella sonríe y dice “hola”, y yo digo “hola” mirándola fijamente a los ojos. En ese preciso instante me doy cuenta de que, de alguna forma, la he perdido.

Entonces nos vamos, y el aeropuerto se queda atrás, atestado de gente.

4

Dos años después de mi corto y poco agradable encuentro con el hombre que resultaría ser Don Silva, empecé a trabajar como freelance para la CI. Entrás, sales con lo que quieren y te pagan. Rápido, sencillo y rentable.

Estaba harto de vivir sin un rumbo fijo. Necesitaba un cambio. Tenía que salir de la bohemia rutina que había venido arrastrando durante demasiado tiempo. Nunca una pareja estable. Drogas. Trabajos de poca monta. Prácticamente no tenía lazos con nada ni con nadie. Nada me ataba a nada. Pero estaba cansado.

El trabajar para la CI no implicaba que todo fuera a cambiar de la noche a la mañana. Era simplemente un primer paso. Al menos una fuente de ingresos muy por encima de lo que mis cuentas bancarias estaban acostumbradas a contener. Los cimientos sobre los que edificar mi nueva vida.

La CI no contrataba a *cualquiera*, lo que quería decir que formaba parte de la elite; algo que, en mi casi intrínseca autosuficiencia siempre había dado por hecho. Trabajando para ellos estaba hipotecando parte de mi vida, pero los beneficios compensaban los peligros de un hipotético abandono. La CI, oficialmente conocida en el gremio como Coito Informático (aunque, para ser exactos, Coito Informático, la CI, o como quiera que se la llamara no existía oficialmente), era un conglomerado de bancos de datos (inexistentes, por supuesto) de acceso infinitesimalmente restringido. El Zurich de la información. Un paraíso en el que cualquiera (gobiernos incluidos) podía esconder sus trapos más sucios. Pero el verdadero poder de la organización residía en la información que nadie se atrevía a confiarle y que sin embargo poseía. ¿Cómo se conseguía esa información? Nosotros éramos la respuesta. Todo átomo de información que se moviese por los sistemas informáticos del planeta era de una u otra forma absorbido por la CI.

¿Qué sucedía con los ‘empleados’ que abandonaban la organización sin el consentimiento de sus anónimos cerebros? Nadie sabía (o nadie quería saber) la respuesta a esta pregunta.

Después de algunos trabajos de poca monta me

encargaron algo de mayor envergadura, algo realmente importante. Necesitaba que alguien me cubriera las espaldas.

Me enviaron un negro. Uno ochenta. Cientos de horas de gimnasio echadas a perder en un par de años. Cabeza afeitada. Botas Reebok y un pack de seis latas de cerveza mexicana.

Era Donald Silva.

Habían pasado unos cuatro años desde la primera vez que nuestras vidas se cruzaron. Pero a pesar de los cambios que había sufrido su imagen: nuevo corte de pelo, implante en la ceja y veinte kilos de inactividad pegados a su barriga, recordé su rostro casi sin esfuerzo, como si en lugar de un (casi) perfecto desconocido se tratara de la esposa cuyo rostro uno se encuentra cada mañana al despertarse. Mi primera reacción al verlo fue pensar que me habían tendido una trampa. Algo no iba bien. Pero decidí seguirle el juego y ver que pasaba. De todas formas no tenía muchas más alternativas.

Me dijo “hola” en español y siete horas más tarde habíamos terminado el trabajo. No corrimos riesgos (política de la empresa), así que lo hicimos vía Barcelona y nos aseguramos con varios cebos más a este lado del charco.

Podían pasarse semanas enteras buscando el lugar exacto del que provenía la señal. Pero ni siquiera dejamos un rastro que seguir. Nada. Como si nunca hubiéramos entrado. Magia. Y teníamos la mejor cerveza para celebrarlo.

Antes de abrir la primera lata actué. Ya no podía aguantar la tensión por más tiempo. Presentía que todo estaba bien y que de alguna forma Donald se había cambiado de bando. Mi cerebro me decía esto una y otra vez. Pero mi estómago no podía evitar la idea de ver como la casa se llenaba de polis.

Respiré profundamente y le apunté con mi arma (una pistola de dardos tranquilizantes modelo XTC). Dije:

— ¿Dónde guardas tu placa, colega?

El tío empezó a partirse de risa.

— ¿De qué coño estás hablando?

— Te he reconocido. Eres un puto DSS y ahora mismo vas a decirme de qué coño va todo esto.

— No me jodas. No soy ningún DSS ni nada que se le parezca. ¿Acaso tengo pinta de...?

— Hace unos dos años. México. *Violadores*. Archivos de la DSS. ¿Te suena? Apoyé el cañón de la XTC contra su cuello.

Levantando los brazos y con la mayor naturalidad posible dijo en voz muy alta: — Está bien, tranquilo, me has cogido. Tú ganas. ¡Entrad ahora chicos!

El muy hijo de puta cogió una lata de cerveza, la abrió, bebió un largo trago manchándose la camiseta y empezó a reírse como una hiena colocada con LSD adulterado.

Por supuesto, nadie entró. Ningún grupo de polis sedientos de sangre irrumpió en la casa y me abatió a tiros.

Cuando le pregunté a Donald que es lo que había pasado para que ahora estuviéramos en el mismo bando, esta fue su única respuesta:

— Me ascendieron.

Y aunque sin llegar a comprender con exactitud lo que quería decir, tuve la extraña certeza de que lo que decía era una buena aproximación a la verdad.

Después de nuestro primer trabajo juntos, seguimos colaborando con cierta asiduidad. Hacíamos trabajos para la CI y realizábamos pequeñas incursiones por nuestra cuenta en el conglomerado numérico de la economía mundial.

— Siempre está bien tener un buen colchón de ceros a tu espalda — solía decir Don — porque siempre acaba llegando la hora de colgar los guantes.

Tenía razón. Pero lo cierto es que no lo hacíamos sólo por dinero. Lo que nos llevaba a hacerlo era el riesgo, el reto de superarnos a nosotros mismos, el más difícil todavía. Pasear por el filo de las cosas haciendo malabares con granadas de mano, cuchillos, bombas y antorchas. Eso era lo que realmente nos ponía.

D

Nos dirigimos hacia un café cualquiera huyendo del frío.

No sé que habrá hecho la gente de Coito, pero a los ojos de Nitta todo ha salido a la perfección. Me dice que ha hablado con Troy y que probablemente venga a vernos la próxima semana. Parece que está interesado en volver a trabajar con nosotros.

En nuestro deambular por las calles de Toronto me abraza y me besa repetidas veces. Intento evitarlo por temor a que pueda notar alguna pequeña diferencia: un olor, una marca, no sé, cualquier cosa me parece capaz de despertar sospechas. Me resulta tan evidente. Pero a medida que transcurre el tiempo sin que pase nada, el hecho de que no puede darse cuenta (tal vez la emoción la ciegue o la apariencia externa del renta-cuerpo sea aterradoramente perfecta) se va afianzando con firmeza en mi mente. No puedo culparla por ello.

5

En nuestra etapa parisina, Donald me preguntó una vez:

— ¿Me acompañarías a la *nada*?

— Lo siento - contesté - pero creo que no tengo muy claro lo que es la *nada*, además, ¿estás seguro de que existe tal *lugar*?

— ¿Es eso un no?

— No. Lo que quiero decir es que si me aclararas

algunos conceptos... podría contestar a tu pregunta sabiendo a lo que estoy respondiendo. Nunca he llegado a tener una idea clara de a lo que te refieres. Siempre que *entramos* dices que nos adentramos en la *nada*. Pero me temo que eso es solo una forma de hablar y que en realidad la *nada* es algo más concreto que existe realmente. ¿Me equivoco?

— Estás en lo cierto. En ese caso es sólo una forma de hablar, una generalización poco acertada, pero la *nada* existe realmente aunque más que un *lugar* es un *estado del ser*. La *nada* es la no-existencia consciente. El ser y el no ser al mismo tiempo. Sabes, a veces lo llamo 'la Paradoja de Shakespeare' - Donald sonríe y se sienta a mi lado -. Es bastante parecido a ser traducido. No tengo que explicarte ahora el proceso tomatopoográfico por el que se efectúa la traducción de una personalidad.

— Si, ya sé. Primero se realiza un estudio de la topografía neuronal, conexiones sinápticas y demás.

— Si, y resumiendo, luego se 'insufla' la memoria: física, emocional, e intelectual.

Beso los carnosos labios de Donald y digo: — Hasta aquí no tengo ningún problema. Te sigo. Pero ¿dónde empieza y/o está la diferencia entre una simple traducción y la *nada*?

Donald me quita la camiseta con el logo de Koo-Hai Shita Machi y me responde.

- 'La Teoría del Ænima, estoy seguro de que ya te lo he contado más de una vez. Esta teoría fue elaborada por Augusto del Toro en el 2011 y viene a decir que la esencia de una persona/entidad/ser reside en su topografía neuronal. Más exactamente en ciertas pautas y patrones neuroquímicoeléctricos.'

— Y...

— Se trata de cartografiar matemáticamente las 'claves' NQE para obtener un mapa N-dimensional de la esencia, de lo que hace que tú seas tú y no otra persona, del alma (por llamarlo de alguna forma).

— Muy bien, tú ganas; pero sigo esperando. . .

— Aun no he terminado. Como decía, estamos hablando de un nivel no físico. Es algo que tiene que ver con el lado espiritual, no tangible, de la existencia. Decir que la identidad, el alma, equivale al cerebro (neuronas, conexiones, etc.) es claramente un error de fondo positivista anclado en la vieja tradición macho-racionalista. Tienes que dar el 'salto' de lo físico/orgánico a lo intangible, a una abstracción.'

— Estás diciendo que mi alma es una abstracción del *modus vivendi* de mi cerebro. De acuerdo. Es una idea, un acto cognitivo.

— Eso es —. Don se levanta y me lo explica gesticulando apasionadamente: — *ellos* extraen tu esencia, lo que tú eres, y lo plasman en un plano de software. Sin memoria, sin cuerpo, no eres nada, solo esencia, estando en el que simplemente *eres*.

— Me suena a un coma digital o algo similar.

Además, hay una contradicción bastante importante en todo ese proceso de *traslación*. Si tu mapa/alma es convertido en código software, este software necesitará de un hardware para ser efectivo: estás volviendo a un plano físico no orgánico. Me estás diciendo que sin una base física (orgánica o inorgánica) no puede existir el alma. Lo único que estás haciendo es afirmar las teorías del monismo psiconeuronal más recalcitrante.

— ¡No! Es algo metafísico. Tu alma sigue existiendo sin una base física, pero entonces, dejas de ser consciente de tu existencia. No es una contradicción. Es la demostración de que se pueden cambiar los cimientos en los que descansa la existencia, y la identidad sigue perdurando intacta independientemente del sustrato físico que la sustenta. Es evidente que sin una base física (cerebro) no podría haber un... mundo mental. Pero ese mundo mental, esas abstracciones, es lo que constituye tu esencia y no el propio cerebro.

— Creo que me estoy mareando. Y mi respuesta es no, sinceramente, no te acompañaría a la *nada*. No es un no rotundo, pero es un no. Además, ¿cómo sabrías que estoy a tu lado en un estado de catatonía digital?

— Puedes estar seguro. Sabría que estás *abí* —. Donald parece decepcionado — De todas formas — dice cabizbajo — entiendo que es una cuestión de enfoque ‘vital’. Es evidente que entendemos la vida de forma distinta.

Los aromas de la ciudad entran por la ventana. Alguien toca un piano ‘orgánico’ en el piso de arriba. No reconozco la música.

— No te pongas melodramático — le digo —, ahora estamos aquí y voy a convencerte — coloco mis manos en su entrepierna — de que estar orgánicamente vivo no es tan malo.

Hacemos el amor.

París mira a otro lado.

E

Entramos en un café francés y me pregunto si esto es realmente Toronto. Lleva puesta una peluca negra y zapatos coreanos. Ambas cosas me traen a la memoria el neón y los cuerpos en venta de una calle de Amsterdam.

Tengo que decírselo. Ahora. No puedo seguir soportando la angustia de su presencia, viva, humana. Su carne. Y no poder tocarla, ‘hundirme’ en ella, sentirme físicamente vivo.

Así que, respiro hondo con mi no-cuerpo, y aquí, en este café francés, en esta fría mañana canadiense, le digo la verdad.

6

Cuando conocí a Nitta me encontraba en lo que llamaba “períodos bajos”. Períodos de tiempo en los que la espiral te lleva hacia abajo, hasta el mismo abismo de tu existencia, cayendo irreversiblemente en el pozo sin fondo de la tristeza.

Y nunca sabes cuando se acaba.

Y luego está el *Peter* (P-eater, pain eater). El que come dolor.

Cuando se está con *Peter* no se está con nadie más. Así que uno esta solo. Solo con su droga y su espiral existencial.

Y Don ya no estaba. Fue entonces cuando Nitta irrumpió en mi vida.

Fue en la Zona Verde, en un garito de moda. Creo que en el instante en que la vi por primera vez sonaba algo de Koo-Hai Shita Machi, aunque podría haberse tratado de cualquier otra cosa. Sin embargo, siempre que la recuerdo acercándose entre la gente nocturna de aquel garito, los acordes del “I’m real” de los Shita Machi suenan en mi cabeza.

Un gran siete tatuado en el hombro derecho y dos tiras negras en los pómulos. Manos pequeñas. Uñas sin pintar y un Hitachi bajo la nuca (disimulado con el tatuaje de una pluma circular en cuyo interior podían verse varios kanjis fundidos en un extraño ideograma).

Casi no hubo palabras entre nosotros.

Tres semanas después había ‘dejado’ a *Peter*. Dos meses más tarde mi vida había vuelto a cobrar sentido.

F

Una fina llovizna riega la ciudad de Toronto. Los coches circulan silenciosamente por la avenida. Pasan frente a nosotros como pequeñas cucarachas acorazadas, dejando tras de sí un invisible caudal de estelas eléctricas. Intento dar rodeos y le pregunto por el tiempo en Alaska. Dice que hacía frío y nevaba y añade sonriendo que se trataba de Alaska y no de una isla en el Caribe. La camarera nos trae los cafés que aun humean y por un instante el tiempo parece detenerse en esta Francia canadiense.

Y me alegro de que el renta-cuerpo sea capaz de controlar las lágrimas, porque estoy llorando desde la *nada*.

7

La Mafia Vasca. Don se enredó con la Mafia Vasca.

No tenía motivos, aunque en el fondo lo entendí: el riesgo, el límite. Siempre un nuevo y más difícil todavía salto mortal, siempre un paso más en la cuerda floja del filo de las cosas.

Los vascos le ofrecieron eso y no supo decir no. Mordió la mano de la CI por los vascos, e infringió una norma no escrita en ninguna parte: no morderás la mano que te alimenta.

Y lo pagó caro: nanoexplosivos.

Pudo ser un grano de arroz o una aspirina, o tal vez algo de pollo o unos nachos. El estómago de Donald Silva acabó latiendo como un corazón amorfo a más de treinta metros del resto de su cuerpo; un amasijo de sangre y trozos de carne quemada.

En plena calle. A plena luz del día.



La UCI móvil estaba esperando en la misma calle, a escasos metros de su cuerpo destrozado.

Llevaba su sello. Coito Informático, la CI.

Y entonces le dieron la falsa impresión de que era dueño de su futuro, de que tenía elección. Pero su respuesta poco importaba, porque de todas formas lo iban a traducir.

Después de todo, Coito Informático iba a obtener un gran beneficio del hecho de que Donald Silva les traicionara. Por mucho HBROM que ocupara en alguna de las supercomputadoras de la corporación, siempre sería más rentable que cuando estaba físicamente vivo. La accesibilidad sería absoluta. Ahora que el lastre de su cuerpo no era otra cosa que un puñado de cenizas, se convertiría en la herramienta perfecta. Ya no tendrían que preocuparse por su paradero o por sus borracheras. Estaría disponible veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año.

Así que, lo tradujeron.

G

Con la certeza de que no puede darse cuenta me decido a abrazarla, y sujetándola entre mis brazos me pregunto por qué elegí la Tecnología Cartesiana para ponerme en contacto con ella. Simplemente podría haberla 'llamado' y haberle contado la verdad o haber fingido con cualquier estúpida excusa de última hora para mantener con vida la farsa de mi 'organicidad'. Pero no, elegí la TC. Admito que en principio fue más un acto reflejo que una acción meditada. Mas ahora me doy cuenta de que en los rincones más oscuros y sucios de mi subconsciente, algo me hacía intentar creer que aun podía darle una oportunidad al viejo mundo, que aun tenía un sitio entre la gente de carne y hueso. Esa fue la razón. Aun tenía la vana esperanza de que podía fingir que nada había pasado. Me sentía anclado al 'viejo' mundo y este era mi último intento por permanecer en él, por *formar parte de él*. Pero no. No podría soportar la vida como un renta-cuerpo, menos aun cuando a este lado puedo ser casi cualquier cosa.

No sé por qué se me ocurrió todo este apéndice cartesiano. Ahora me doy cuenta de que lo hace aun más difícil. Mi adiós.

Me pregunto dónde habrá ido a parar mi verdadero cuerpo. Lo más probable es que haya sido vendido como carne de gato o reciclado para los oscuros propósitos de Coito.

Teniéndola ante mí, tocándola, sintiendo su presencia orgánica, me doy cuenta de que no puede ser. No puedo dejar de tener la sensación de 'estar al otro lado', de no formar parte de esta realidad.

A pesar de que el ochenta por ciento del renta-cuerpo es de carne y hueso soy incapaz de sentirme 'siendo' este cuerpo. Más bien me siento como 'dentro de', algo ajeno y lejano que 'controla' un muñeco de carne,

plástico y circuitos. A pesar de tener un cerebro en su mayor parte orgánico, la sensación es la de 'estar' en la cabeza del renta-cuerpo, sentado en la sala de control, manejando los hilos de su 'existencia'.

Mientras rozo la mejilla de Nitta con las yemas de los dedos, como si a través de su oscura piel pudiera sentir que estoy realmente 'vivo', este pensamiento viene a mi cabeza: Descartes podía estar en lo cierto, pero esta tecnología no puede devolverme la vida.

Pienso en la cadena de microsátélites que hace posible que *yo* 'esté' ahora sentado junto a Nitta. Pienso en lo sencillo que resultaría romper el sinuoso flujo de datos que da vida al renta-cuerpo, privándole de una existencia que en realidad no posee, y me doy cuenta de que nunca podré volver.

8

El videófono sonó y era él: Don Silva. Y quería que lo borrara. Suplicó que pusiera fin a la agonía nihilista en la que se había convertido *su segunda vida*.

El gran Silva siempre había perseguido el grial de la nada. Confiaba en que algún día lograría flotar en un mar de inexistencia, y en parte lo había conseguido. De alguna forma, ahora flotaba en ese mar que había imaginado (un vacío mudo e incoloro) encerrado en algún rincón de una supercomputadora de la CI.

Pero existía. *Era*. Un océano de no espacio-tiempo lo envolvía, pero por muy metafísica que fuera ahora su 'vida', *existía*, y su existencia era la de un vegetal comatoso, sedado en la crisálida de terabytes que era él mismo.

Yo sabía que era misión imposible, que lo que me pedía rozaba lo utópico. Sin embargo no podía negarme a intentarlo.

Después, cuando la conexión se perdió bruscamente, pensé en lo que todo esto significaba. Me pregunté por qué no había contactado conmigo en casi cinco años y porqué lo hacía ahora, después de tanto tiempo. Me dije a mí mismo que no era él, que no podía ser él. Pero presentía que la verdad era otra y que lo cierto era que mi mejor amigo me estaba pidiendo que, de alguna forma, lo matara. Don Silva era un esclavo, y simplemente me suplicaba que rompiera sus cadenas poniendo fin a su 'vida'.

Contemplando el cuerpo desnudo de Nitta tendido en el suelo de la habitación, pensé que la vida era cruelmente paradójica. Yo, que siempre había despreciado a los *violadores*, ahora me veía abocado a *violar* al que había sido algo más que mi mejor amigo. Incluso llegué a pensar que aquello iba más allá de una simple *violación*, y que de lo que realmente se trataba era de puro y frío asesinato. Aunque casi sería más apropiado llamarlo eutanasia.

Nitta se despertó y me hizo el amor como sólo ella sabe hacerlo. Por unos instantes, Donald Silva desapareció de mis pensamientos.

H

Bebo un sorbo de café. La miro a los ojos y se lo cuento todo.

Su reacción, fría, no logra engañarme. Sé que está muriendo en su interior.

Le explico que todo era una trampa. Que Coito estaba detrás de todo. Que lo que tiene ante de sus ojos no es más que un renta-cuerpo fabricado a mi imagen y semejanza. Que a pesar de 'estar' aquí, a su lado, estoy muy lejos. Ella aprieta los dientes, impotente. Luego rompe a llorar y me abraza. Y entonces, por encima de sus sollozos, le hago mi oferta y le pido que algún día diga adiós a la carne y se una a nosotros.

Luego desconecto y me voy, y Nitta se queda sola, abrazando un cuerpo sin vida. Un puñado de carne. Un engendro ciberorgánico de tecnología inerte.

9

El plan. Teníamos un plan. Un plan que sencillamente se volvió contra nosotros y me dejó llamando a la puerta de Coito con un ramo de rosas sin espinas como única arma.

Nitta llamó a Troy (un reputado *cracker* de Nueva York con el que tuvo algún lío en su, para mí, oscuro pasado). Era un tipo más que competente a pesar de llevar la cara de una megaestrella pop fallecida hace unos años.

Donald (o el cúmulo de datos en el que se había visto metamorfoseado) no era accesible desde la propia red, al menos no todo el tiempo. Donde quiera que se encontrase el soporte físico en que descansaba ahora su existencia (estoy usando su propia terminología) carecía de importancia para nosotros. La clave estaba en conocer su(s) acceso(s) a la red en los momentos en que era obligado a entrar en ella para robar datos, proteger a otros ladrones o lo que fuera que se veía obligado a hacer. Lo único que tenía claro es que Donald *entraba*. La CI no iba a ocupar su HBROM sin sacarle ningún partido. Apuesto a que esa no era su filosofía. De modo que teníamos que saber por dónde entraba y por dónde salía, así como qué forma y/o identidad adoptaba. Y este sólo era el principio de una larga lista de requisitos/trampas/dilemas.

Resumiendo, para llegar hasta él teníamos que localizarle en el momento en el que 'entraba' (Nitta), seguir sus movimientos en la red hasta su 'salida' (Troy) y de alguna forma 'salir' con él sin ser detectado hasta llegar a su nido físico (yo). Una vez allí tendría que camuflarme para no ser descubierto por los sistemas *Sabueso* que a buen seguro utilizaba Coito y esperar una próxima *entrada* para poder escapar juntos.

Creo que lo hubiera conseguido, pero lo cierto es que no fue necesario. Las fauces del lobo/nido me estaban esperando. Hambrientas, ansiosas, infalibles. En el mismo instante en que entraba en el nido pegado a

Don como una garrapata, un equipo de *traductores* echaba abajo la puerta de mi apartamento.

Fui 'absorbido' en cuestión de minutos.

I

Esto es Néxico, un sitio en ninguna parte (aunque lo cierto es que estamos en las Islas Canarias). Don y yo tenemos una casa de madera en medio del desierto. Don es yo. Yo soy Don. Ahora somos uno.

El tiempo pasa despacio. Pero nos tenemos el uno al otro, somos el uno y el otro. Y tenemos muchos ceros de tiempo para disfrutarlo.

Coito Informático cometió un error de cálculo y subestimó la capacidad del mejor ladrón y el mejor cerrajero del endiablado planeta. Subestimó la capacidad de lo que podíamos hacer 'juntos'. Tuvimos que sacrificar no sé exactamente qué, ¿nuestra identidad? Pero nos fuimos. Somos libres.

*Ahora no solemos pensar en la nada. No hemos tenido tiempo para cansarnos de esta nueva realidad.*

*De vez en cuando me/nos visitan mis/nuestros nuevos amigos. Hay más gente aquí de lo que hubiera imaginado. Charlamos y jugamos largas partidas de póquer.*

*Muchas noches, cuando este cielo que no es cielo se llena de falsas estrellas, encendemos un fuego cerca de la casa. Nos sentamos en la arena y vemos como se consume eternamente.*

*Y aquí, sentados al calor de las llamas, evocamos nuestras vidas a velocidades de fibra óptica.*

*Y pienso/pensamos en ti.*

*Y sigo/seguimos esperando el día en que por fin digas adiós a la carne y te unas a nosotros.*

*Por suerte, el tiempo corre a nuestro favor.*

"La Espera" © 1999. Carlos Pavón



# TALLER LITERARIO

## *Juvenil*



Pide información  
al teléfono  
01 87 133488  
o a través de internet  
con el  
coordinador del taller,  
Guillermo Lavín:  
[guillermolavin@hotmail.com](mailto:guillermolavin@hotmail.com)

Si quieres aprender a  
escribir cuentos, poesía,  
novelas, ensayos y  
crónicas.

Y si tienes de 14 a 20  
años de edad,  
ven a la

Casa de Cultura  
de Nuevo Laredo.

Nos vemos el último  
sábado de cada mes  
a las 10:00.

🍷 Luis G. Prado. Nació el 31 de mayo de 1975 en Jerez de la Frontera (Cádiz, España). Licenciado en Derecho y Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Madrid, ciudad en la que reside.

## Josaphat Rey

---

por Luis G. Prado  
España

---

*A Józef Korzeniowski.*

**P**or lo que me es dado entender, la costa no tiene fin. Cuando el alto cielo está despejado y las arenas humean con la reverberación del sol, en esos días claros que son, ay, cada vez más raros, puede verse que la costa, como una línea trazada con regla, se extiende imperturbable desde el confín de levante hasta el remoto poniente.

Su aspecto excita al principio la curiosidad de los marineros recién venidos de las cubiertas interiores, que llegan a pasar todas sus horas de ocio recorriéndola detenidamente con la mirada, aguardando el instante huidizo en el que el sentido de sus jeroglíficos se hará diáfano; paulatinamente el mudo enigma de la costa les embota la imaginación y van perdiendo el interés por la impenetrable empalizada vegetal que se alza, erizada de cañas y palmas, paralela a la orilla. Al cabo de unos meses ya la miran sólo de soslayo, buscando constantemente descanso para los ojos en otras formas que no resplandezcan de ese verde selvático; en ese momento se ofrecen para cualquier trabajo que

surja, piden las tareas de enlace entre secciones y pasan sus largos ratos de descanso hojeando postales pornográficas: se han convertido en veteranos, y usan con soltura la blasfemia predilecta a bordo del “Rey Salomón”: *¡Maldita jungla!*

¿No conocéis el “Rey Salomón”? Ah, es sin duda la nave más espléndida que haya salido de los astilleros de Augusta la Nueva, tierra de pastores e imperios, si bien es cierto que su presente estado no permite apreciar toda la magnificencia de sus costados de hierro, gruesos de tres palmos, y la gracia de su interminable hilera de chimeneas pintadas con los colores de la patria. Naturalmente, hace mucho tiempo -tal vez



años- que no contemplo nuestro gallardo navío desde el exterior, pero mis nebulosos recuerdos se refrescan en cada ocasión que paso la vista por las páginas de nuestros libros y por los exquisitos grabados en sepia que contienen: el “Rey” varado frente a bulliciosos puertos, frente a populosas ciudades, frente a imponentes volcanes nevados, frente a desiertos iluminados por la luna... Hoy las planchas de metal están corroídas por el óxido y largas vetas de orín serpentean por entre las portillas de los cañones: lo sé porque acostumbro a asomar la cabeza por encima de los “naranjeros”, como todos, y cuando la costa pierde su fascinación, los costados del “Rey Salomón” son una alternativa para el solaz de la vista. Los cañones enseñan el morro a trechos regulares: en nuestra propia cubierta, largos y hermosos cañones negros con el ánima rayada hasta perderse de vista; hacia arriba se distinguen hasta donde la neblina lo permite, y hacia abajo, hasta la línea cuajada de algas fosforescentes que el agua traza contra el casco del buque. Algunas portillas han desaparecido, llevadas por un golpe de ese viento que se levanta sin previo aviso en estas latitudes; sin duda los marineros de esas secciones artilleras deben mojarse cuando el monzón se abate sobre esta costa desgraciada en gotas pesadas como monedas de bronce, y cuando las tormentas hacen temblar con un rumor sordo al “Rey” y gemir prolongadamente a sus ciclópeas cuadernas. Entonces hay que retirar apresuradamente los cañones, valiosos pero inútiles si no se puede ver hacia qué se dispara; incluso el capataz arrima el hombro y jala de los cabos, como cualquier otro marinero, hasta que las poleas humean y todas las piezas están perfectamente resguardadas. Luego cerramos las portillas y nos arrebujaamos en la penumbra, encendemos las velas que se guardan en el armarito de los libros e iniciamos un juego de naipes; siempre hay quien, cuando está de mala racha, levanta los ojos hacia el cielo, como buscando atravesar las cubiertas superiores, y masculla una maldición hacia las nubes que se arremolinan en lo alto, pero en realidad todos agradecemos la quiebra en la rutina y la cortina de lluvia que se interpone, por unas horas, entre nosotros y la siniestra masa de selva virgen.

Desde la altura a la que se encuentra nuestra sección, puede divisarse hasta una decena de metros jungla adentro. La franja visible se extiende entre las cañas y altos matorrales de la playa y la hilera de árboles negros que, como una segunda línea de fortificaciones, protege al enemigo de nuestros ataques. Pues sólo una cosa es segura en estos días inciertos a bordo del “Rey Salomón”: que el enemigo existe. ¿Qué sentido tendría si no el que los martes y los jueves, y los domingos si hace buen tiempo, invariablemente descarguemos sobre la costa los proyectiles del diámetro de una naranja que dan nombre a nuestros cañones? Al mediodía, cuando no hay sombras que engañen al ojo, recibimos la orden de disparar. Nosotros ya estamos preparados desde largo rato antes, pues el trabajo de cargar las balas y aprestar las piezas es una agradable distracción que nos permite sacudirnos el sopor de la rutina. Mediante un ingenioso mecanismo de engranajes, los geómetras de la cubierta superior nos comunican entonces la orientación que deben adoptar los “naranjeros”, y una vez

---

Luis G. Prado colaboró con fanzines dedicados al cómic durante los primeros años noventa. Desde enero de 1993 edita el fanzine *Artífex*, dedicado a la narrativa de fantasía y ciencia-ficción. Esta publicación ha iniciado una Segunda Época con la colaboración de Julián Díaz, director de la revista *Gigamesh*, para convertirse en antología de literatura fantástica. Garcá Prado ha publicado artículos, cuentos y reseñas en publicaciones españolas de C.F. Ha sido jurado de concursos de relato como el Pablo Rido; el Domingo Santos, y de la mención de ensayo fantástico Alfredo Benítez. Actualmente forma parte de la Junta Directiva de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción como director del boletín *Pórtico*.

fijado el tiro, los descargamos uno tras otro. Los proyectiles trazan arcos finísimos y se pierden más allá de la línea arbolada, donde estallan con un bramido sordo. Y a pesar de que están diseñados para causar gran matanza, apenas parecen conmover la quietud del coloso verde; sólo cierta vez, muy celebrada a bordo, una de las balas topó con un tronco añoso, arrancándole astillas y hojas, y en otra ocasión una delgada columna de humo se elevó del lugar donde había impactado el proyectil, pero el viento la disipó pronto.

Después de nosotros solían descargar las secciones artilleras de las cubiertas superiores, de la misma forma que minutos antes habrían descargado las de las cubiertas inferiores, en un rugir continuado que se prolongaba durante horas y que producía una humedad tal que la costa se perdía momentáneamente de vista. Hoy ya no. En los buenos tiempos, el “Rey Salomón” hacía llover plomo sobre la jungla como un maná que trajera la muerte y no la vida, pero paulatinamente, quizá desanimadas por los escasos frutos de su labor, unas secciones primero y luego otras fueron callando. Al cabo de un tiempo, sólo unas decenas acudían a la cita del bombardeo; finalmente, un jueves de siniestra memoria ningún retumbar de cañones precedió ni sucedió al nuestro, si descartamos los débiles estampidos que algunos dijeron oír a lo lejos, en algún lugar de la inconmensurable distancia hacia la proa. Poco después, para general consternación, el mecanismo de recepción de órdenes enmudeció, y aunque el capataz desmontó el aparato y lo revisó pieza por pieza, pronto se vio obligado a admitir que no había fallo alguno en el engranaje y que, por tanto, la causa del silencio se encontraba o bien en algún punto de la cadena de transmisión o bien en la propia cubierta superior. La disciplina de la marinería, mantenida a duras penas mediante la combinación de rutina embrutecedora y órdenes tajantes, se resintió visiblemente por estos acontecimientos. Para mayor contradicción, el cielo se cerró en firme y una niebla opresiva se extendió sobre las aguas. La ocultación de la ribera selvática, que debería haber producido alivio, sólo acrecentó la sensación de aislamiento que sentíamos, y las nubes que se habían adueñado de las alturas, lejos de refrescar la costa, trajeron consigo un calor bochornoso que llenó los días de fuego y las noches de sofoco.

Los ánimos se encrespaban, y pronto comenzaron a estallar riñas por minucias. Después de una reyerta a navajazos particularmente sañuda, algunas voces se alzaron contra el capataz, y por unos momentos incluso peligró su cuello. Siendo cobarde, pero en modo alguno idiota, vio que, como representante más visible de las frustraciones de los marineros, era el más interesado en resolver nuestra problemática situación. Fue entonces cuando acudí a mí.

-Josaphat, necesito que subas al puente.

Yo pestañee y le miré sin comprender.

-Necesito que subas al puente -repitió.

¡Subir al puente, nada menos! Igual me podría haber pedido que volase a la Luna, o que convirtiese el agua en vino. ¡Subir al puente! Era inútil explicarle que yo no sabía cómo ir al puente, que de hecho nunca había estado ni remotamente cerca de la cubierta superior; era inútil porque él lo sabía perfectamente. Ninguno de nosotros, en condiciones normales, tenía por qué salir de la sección, e incluso existían gravosas penalizaciones para el marinero que fuera sorprendido haciéndolo.

-No son éstas condiciones normales -respondió cuando le señalé esto último-. El “Rey” parece un barco fantasma, Josaphat. Se me hielan los huesos con este silencio. ¿Y no has oído los nuevos rumores?

Me acaricié la barba y reflexioné. Efectivamente, la ruidosa algarabía de las secciones vecinas, que en los días de fiesta se solía filtrar a través de las mamparas en forma de canciones procaces, blasfemias y maldiciones, había dado paso a un silencio inmaculado que hacía resonar nuestras propias interjecciones como si la nave estuviera hueca. Por contra, en las cubiertas inferiores habían nacido nuevos ruidos, vagos resonares de voces que lanzaban prolongados parlamentos antes de extinguirse súbitamente, estrépitos lejanísimos de madera quebrada y golpes amortiguados, y al menos una vez, de madrugada, un solemne retumbar de tambores en alguna sección a no mucha distancia de la nuestra. Nada de esto, naturalmente, había escapado a los tensos oídos de los marineros, y así tuve que reconocérselo al capataz.

-Hay que averiguar qué sucede -continuó-. Lo que ha pasado en el barco.

Yo asentí. Había pasado mucho tiempo en los últimos días meditando atribuladamente acerca de los misterios que nos rodeaban, y no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria. ¿Era una peste, acaso, lo que había enmudecido al “Rey Salomón”? ¿Una acción del enemigo, quizás? ¿Las dos cosas a la vez? Ninguna de estas respuestas me satisfacía, pero en todas estaba implícita una nítida impresión: fuese lo que fuese, no sería agradable. Arriesgarse a salir de nuestra sección supondría sin duda un peligro, así que, ¿por qué yo?

-Mira y dime si puedo confiar en algún otro.

Paseé la mirada por toda la longitud de la cámara, y vi lo que el capataz quería decir. Algunos hombres, derrotados por el calor, miraban con aire suicida la orilla, mascullando *maldita jungla* entre bostezo y bostezo; otros se reunían en concíabulos secretos sobre una partida de dados, mirando desconfiadamente por encima del hombro a cada rato; el resto yacía de cualquier manera sobre las tablas desnudas, narcotizados por un inundo brebaje alcohólico que un marinero poco escrupuloso había preparado con azúcar y fruta estropeada. De cuando en cuando alguno,

seguramente acosado por pesadillas, dejaba escapar un prolongado gemido. Resultaba del todo punto evidente que entre toda aquella patulea de rufianes acanallados no había, como el capataz había indicado, ni un solo marinero capaz de cumplir la misión que me proponía: si por ventura alguno hubiera conseguido llegar a las cubiertas superiores, cosa ya hartamente dudosa, no era improbable que, una vez a salvo su pellejo, hubiera decidido abandonarnos a nuestra suerte. Había de confesarlo: yo, como hombre de letras y de natural honrado, parecía un candidato más ajustado a la tarea.

Con un suspiro, me puse a disposición del capataz. Entre exclamaciones de aliento y camaradería, el buen hombre me entregó un saco con provisiones y un detallado plano que luego demostraría ser completamente inservible, al referirse al otro costado del “Rey”. Ceremoniosamente, se sacó por encima de la cabeza la cadena en la que estaba engarzada la llave maestra y la colocó alrededor de mi cuello. Luego me despidió con dos sonoros besos y, arropado por los hipidos y los vítores de algunos borrachos, atravesé la compuerta de poniente.

El corto pasillo, sumido en una oscuridad sólo aliviada por un piloto de emergencia, no me deparó ninguna sorpresa. A la tenue luz rosada, podía verse pintado sobre la compuerta de la sección contigua el mismo diseño estilizado que sobre la nuestra, una cruz germánica rodeada por una corona de laurel, y debajo la siguiente inscripción:

H.T.T.L.  
*Salomon Rex*  
mm.dccc/lxxx.iv

Encajando la llave maestra en el orificio octogonal, descorrí los cerrojos de la compuerta y me introduje en la sección. Al oír mis pasos, tres o cuatro pájaros verdiazules del tamaño de gaviotas salieron volando por las portillas de los “naranjeros”, abiertas de par en par. Una pieza de buen tamaño de carne picoteada asomaba fuera de la alacena como una lengua monstruosa. Los cañones estaban manchados de guano, y el contenido del armario de los libros, forzado, había desaparecido, pero por lo demás todo en la sección seguía en su sitio... salvo, naturalmente, la tripulación, de la que no quedaba el más mínimo rastro ni pista alguna sobre su paradero.

La sección contigua a ésta también estaba desierta, pero los marineros, antes de desaparecer, habían tenido al menos buen cuidado de cerrar y asegurar las portillas. Pasé rápidamente a través de la siguiente sección, perseguido por un penetrante olor putrefacto que emanaba de la alacena y cuyo origen (posiblemente una rata muerta) no quise comprobar. Al salir al correspondiente pasillo se puso de manifiesto la inutilidad de mi prolijo mapa, que señalaba una inexistente escalera

ascendente donde sólo había un sólido tabique. Pensé que quizá había equivocado las cuentas y había recorrido un trecho menor del que suponía, pero cuando hube atravesado otra media docena de secciones, tan o más vacías que las que dejaba atrás, sin encontrar escalera alguna, tuve que reconocer que era el plano, y no yo, el que erraba. Descarté volver sobre mis pasos, convencido de que tarde o temprano daría con la forma de ganar la cubierta superior.

Las ulteriores secciones pasaron en una sucesión desesperantemente repetitiva de silencio y soledad, y tras caminar a buen paso durante dos o tres horas, decidí hacer un alto en un pasillo que, excepcionalmente, disponía de una suerte de cubículo con un ventanal abierto sobre la selva. Mientras comía con apetito las magras raciones que extraje de mi saco, observé con asombro que una amplia zona de la orilla y aun algunos altos árboles aparecían completamente calcinados, como si un incendio los hubiera devorado recientemente. Tuve que reconocer, no sin cierta envidia, que a los artilleros de estas secciones les había sonreído la fortuna allí donde nosotros habíamos fracasado rotundamente.

Reanudé la marcha, siempre sin hallar la subida que buscaba. En ciertos pasillos se abría, entre las dos compuertas enfrentadas y con el signo de la cruz y el laurel, una tercera algo más estrecha que conducía a las zonas interiores del “Rey Salomón”. Probé mi llave, que efectivamente encajaba a la perfección en las cerraduras, pero no me atreví a abrir ninguna de estas compuertas, amedrentado por las ominosas advertencias que, escritas en grandes letras rojas, prohibían el paso.

Al caer la tarde fugaz de los trópicos, comencé a buscar un lugar donde pasar la noche que se avecinaba. Distráidamente, me abrí paso a una nueva sección, y casi me di de bruces con un grupo de marineros que intercambiaban pullas en la penumbra. Los saludé con gran alborozo, y ellos respondieron con abrazos y amplias sonrisas. Supe que su experiencia no había sido muy distinta a la mía y de mis compañeros: el mismo cese paulatino de las descargas contiguas, y luego el mismo brusco corte en las comunicaciones. Sacando cuentas, hallé con sorpresa que su mecanismo de transmisión había fallado dos semanas antes que el nuestro, pero no llegué a extraer ninguna conclusión de tal hecho porque en ese momento fui entusiastamente conducido ante la presencia de su capataz, un hombre de facciones porcinas que llevaba un cuchillo de matarife al cinto. Al sentir mi mirada posarse sobre la afilada hoja, se permitió una estentórea carcajada y me confesó que, en la vida civil, había sido carnicero. A continuación me explicó que mi llegada coincidía con los últimos preparativos de una expedición similar a la mía que se estaba aprestando, y me preguntó por las condiciones de las secciones que había atravesado en

mi camino. Escuchó con atención mi relato, asintiendo solemnemente, aunque por alguna razón me pareció que la noticia de mis pasos no era una novedad para él; luego, viendo mi cansancio, llamó a un marinero e hizo que me acompañase a una hamaca que estaba libre. Antes de despedirse, me prometió continuar la conversación a la mañana siguiente.

El marinero era un cuarterón bizco que reía tontamente, haciendo muecas y mojigangas, y que parecía desempeñar el papel de bufón en la corte del carnicero.

-¿Sabes qué hay en el puente? -me preguntó, medio de guasa.

-No -respondí con absoluta sinceridad-. ¿Qué hay?

-¡Mujeres!

Y al decir esto último, se relamió significativamente. Asqueado, me tumbé en la hamaca e ignoré su cháchara hasta que decidió irse. Tras la agotadora jornada, me hundí sin dificultad en un sueño cálido y confortable.

A medianoche, me despertó una curiosa sensación. Creí percibir, en duermevela, una línea fría subiendo lentamente por mi abdomen, pero lo deseché como algo propio de un sueño... hasta que oí, nítido y seco, el inconfundible chasquear de unas tijeras. Me desvelé de golpe, y al abrir los ojos encontré al carnicero y al cuarterón inclinados sobre mí. No sé qué me aterrorizó más, si la expresión de hambrienta anticipación del capataz, o el hecho de que el bufón estuviese abriendo en dos mi camisa con unas largas tijeras de hojas plateadas. Dejando escapar un alarido incrédulo, aparté al marinero e intenté, irreflexivamente, incorporarme; suerte tuve de no clavarme las tijeras hasta la empuñadura. Sólo conseguí darme la vuelta en la hamaca y caer al suelo, donde una afilada hoja, fresca como una brisa, atravesó mi camisa, rozándome el costado y clavándome al suelo de tablas. Rasgué la tela e intenté levantarme, pero unas fuertes manos me aferraron. Pateé furiosamente y me zafé como pude, liberándome de la presa que el carnicero ejercía sobre mí el tiempo suficiente como para levantarme y echar a correr a lo largo de la sección. El resto de la marinería, por lo que alcancé a ver, no levantó un dedo para impedir mi huida, y todo lo más la celebró con largos lamentos inarticulados. Alcancé así la compuerta de poniente, que estaba abierta, y la cerré tras de mí con la llave maestra, que había tenido el buen sentido de no sacarme del cuello. Resonaban los primeros golpes y sordas amenazas en el pasillo cuando entré en la sección contigua y bloqueé la compuerta a mi paso.

Ante mí se extendía un osario de vastas proporciones. Apilados pulcramente y desprovistos de todo rastro de carne, tres docenas de esqueletos mostraban a todas luces que el capataz, nostálgico, había vuelto a su antigua profesión. Aquí y allá, un cráneo agujereado o una tibia fracturada atestiguaban pretéritas luchas por la supervivencia, a la postre inútiles. Me pasé las

manos por la camisa, rajada hasta el esternón, y me estremecí al recordar el ancho cuchillo del carnicero. No me detuve: continué la carrera a través de una sección tras otra, hasta que juzgué que había puesto la suficiente distancia entre mis perseguidores y yo y, relajándome, me senté a recuperar el aliento.

Con cierta morbosa satisfacción, pensé que al menos parte del misterio estaba resuelto. Repasé mis posibilidades. Detrás había dejado el saco de provisiones y el grueso libro del mapa, pero las primeras no eran difíciles de encontrar, y el segundo había resultado del todo prescindible. A oriente no cabía ni pensar en volver, de manera que mi camino estaba claro. Me sequé el sudor y, sacudiéndome el polvo, encaminé mis pasos hacia poniente.

El relato de mis viajes en los meses que siguieron ha de ser necesariamente breve. Baste reseñar como hechos mas notables que atravesé una serie de secciones en las que toda la marinería había desaparecido, y el suelo estaba cubierto de sangre seca y plumas doradas. También secciones quemadas, inundadas, saqueadas. En ciertas zonas, los tabiques habían desaparecido, y para atravesarlas tuve que realizar peligrosos equilibrios sobre las vigas. Recuerdo también de forma especial una sección, cuyo maderamen aparecía sistemáticamente arañado, que estaba presidida por la enigmática inscripción *CROATOAN* tallada en bajorrelieve sobre la mampara.

Entre las interminables hileras de secciones desiertas, encontré también algunas habitadas. Secciones en las que los marineros eran reyes por turnos, y por turnos caían al romper el día bajo el hacha del verdugo. Secciones en las que un hombre solo, sentado sobre un montón formado por sus propios excrementos, recitaba para sí, en alta voz, las Ordenanzas de la Marina, sin detener su retahíla ni siquiera cuando agité las manos frente a sus ojos nebulosos. Secciones en las que largas cadenas de marineros se entregaban a la sodomía, menos el primero, que se conformaba con la masturbación. Secciones donde hombres que se habían autoproclamado sacerdotes de una nueva ciencia predicaban a los marineros que el "Rey Salomón" era una ilusión, y que cuando llegase la liberación, todos veríamos la realidad, que no decían cuál era.

Y cuando, hastiado de la degeneración sin tregua que hallé en las secciones de artillería, me aventuré por fin a atravesar las compuertas prohibidas y penetrar en los largos pasillos que conducían a las zonas interiores, encontré secciones pestilentes atestadas de carne agusanada hasta tocar el techo; secciones pobladas por mecanismos articulados que cliqueaban en secuencias descompasadas; secciones en completa oscuridad donde sólo se oía, conteniendo la respiración, el batir de unas alas diminutas y delicadas; secciones con las mamparas cubiertas de una secreción gomosa parecida a la cera que formaba enormes



cápsulas lechosas, latentes como corazones, con formas grises agitando dentro; y en lo más profundo del interior, en un pasillo iluminado por burbujas fluorescentes que se desplazaban sobre ventosas con un ruido de succión, encontré una cámara donde una criatura sin ojos y sin boca que había sido humana se debatía espasmodicamente contra su propia ceguera y mudez, estrellando una y otra vez su cabeza en las paredes. Al advertirme, me aferró con dos manos descarnadas, como garras, y me sopló una pegajosa serpentina de mucosidades. Me desasí y retrocedí, espantado, volviendo por donde había venido mientras oía los sonidos que la criatura emitía estranguladamente y los golpes que se propinaba al intentar seguirme por el estrecho pasadizo.

Sobre su maltrecho cuerpo deformado, aún llevaba el uniforme blanco y los galones de capitán.

No sin dificultades, conseguí retornar a las secciones artilleras, recibiendo como una bendición el reencuentro con la luz del sol e incluso la visión renovada de la jungla virgen. Me aposenté en una sección que los hombres y la naturaleza habían dejado relativamente intacta, y me procuré el sustento realizando periódicas incursiones por las zonas vecinas. Asentado de esta forma, por fin pude reflexionar sobre todo lo que había visto y oído en los últimos meses a bordo del “Rey Salomón”.

En mis viajes, encontré a quien decía que los grabados de los libros mienten, y que el “Rey” se asemeja en realidad a una inmensa tortuga, forjada en metal y corroída por el óxido, varada en un mar poco profundo. El “Rey” es, para otra doctrina, como una fruta que se pudre en círculos cada vez más amplios. Si es así, yo estuve en su corazón. Pero si, como susurran algunos, es el barco el que rodea toda la jungla, y no al revés, entonces su auténtico centro se encontraría tras la hilería de árboles negros, y sería del todo punto inaccesible. No sé gran cosa acerca de la forma exacta del buque, pero una verdad me parece evidente: el “Rey Salomón” es tan interminable como la costa. O, dicho de otra manera: allí donde comienza la costa, comienza el “Rey”, y allí donde acaba, acaba el barco. No intentaré explicar cómo es posible, pero me embarga la certeza de que al menos uno de los dos es obra del ingenio humano. Cuál, ya no lo sé.

Hoy ha aparecido algo nuevo bajo el sol. Como preparándose para su entrada en escena, las nubes se han ido deshaciendo lentamente, y la luz entra de nuevo a raudales por las portillas y hace resplandecer vívamente las olas. Inclinado sobre el “naranjero”, la he visto llegar, abriéndose camino con un largo machete por entre las cañas y las matas de la orilla, deteniéndose al llegar a la playa y mirando durante largo rato al “Rey Salomón” antes de decidirse a montar su pequeño campamento.

Es una mujer negra, espléndida, completamente desnuda, pintada de la cabeza a los pies con estrechas

frangas blancas. De manera muy poco imaginativa, la he bautizado Zebra. He observado cómo prepara su comida, consistente en unos trozos de carne curada que extrae de su pequeño zurrón; cómo se ejercita con una gran lanza verde, exhibiendo fieramente sus habilidades con una suerte de orgullo profesional; cómo después de orinar cubre cuidadosamente la mancha con arena, de una forma automática y casi animal; cómo luce su pequeña hoguera durante toda la noche, pues permanece despierta, vigilando nuestro buque.

¿Es éste el enemigo que debíamos batir? ¿Es Zebra el motivo por el que el “Rey Salomón” ha permanecido fondeado durante tanto tiempo frente a la jungla, bombardeándola intensamente? Quizá sea así, y por eso ella ha aguardado hasta este momento, cuando el barco está completamente inerte, para aparecer. Pero, entonces, ¿por qué no ataca? ¿A qué espera?

¿Me espera a mí?

O quizá Zebra no tiene nada que ver con el “Rey”. Quizá ha venido atraída por los rumores acerca del descomunal e interminable buque que hasta hace poco arrojaba fuego sobre la selva. Quizá espera algo, o a alguien que tiene que reunirse con ella.

¿A mí, a Josaphat?

He tomado una decisión. Me he encaramado al “naranjero” y, sin mirar abajo, me he arrojado por la borda. El mar me ha recibido como una vieja amante, en un reencuentro sorprendentemente cálido y dulce. Mis intenciones no alcanzan a formularse de manera coherente. Puede que la buena salvaje me mate; puede que yo la mate a ella. O, ¿quién sabe?, quizá congeniemos.

Nado hacia ella. Todavía lo estoy haciendo.

*Madrid, febrero de 1997*



🍷 Nací en Barcelona en 1974. He estudiado biblioteconomía y documentación. Soy muy lento escribiendo y los relatos que he finalizado pueden contarse con los dedos de una mano... y aún sobrarían dedos. Varios. Me va más la fantasía contemporánea y el terror que la ciencia ficción. Coordino dos listas de correo por Internet, una dedicada al terror, la otra una especie de taller literario a distancia. Este texto ganó el *II premio Bucanero-Miraguano* de relatos.

## Guía secreta de la ciudad

por Sergio Azlor

España

Hacía una media hora que ninguno de los dos hablaba; nos limitábamos a leer o simplemente hojear lo que en aquel momento teníamos entre manos. Era una de las razones por las que me gustaba frecuentar la casa de Lázaro.

Podíamos conversar animadamente sobre cualquier tema que nos apasionara a ambos, o mantenernos callados mientras yo descubría las maravillas que escondía su biblioteca, y cualquiera de las dos actividades resultaba agradable.

En aquella ocasión estábamos sumidos en un cómodo silencio. Nos hallábamos, como de costumbre, en la biblioteca, la pieza más espaciosa de la casa de Lázaro, amueblada con viejos anaqueles donde descansaban varios miles de antiguos pero bien conservados volúmenes. Coleccionar libros valiosos, o simplemente raros, era la gran afición de Lázaro; también la mía, pero yo no soy el único heredero de una saga de acaudalados burgueses.

Recuerdo que aquella tarde en particular la biblioteca me había revelado una de sus inagotables sorpresas: la primera edición inglesa de *La isla del tesoro*, y me había instalado en un sillón mientras pasaba con reverencia las páginas del libro. Creo que Lázaro revisaba el estado de los últimos tomos que había mandado encuadernar. En algún momento advertí que había desatendido su tarea y se hallaba absorto en la contemplación de algo que, con toda seguridad, tan sólo existía en su mente, pues no había nada de especial en la estantería a la que parecía dirigir su atención. También yo abandoné mi libro, ya que estaba acostumbrado a que tales trances despertaran en mi amigo la necesidad de compartir con alguien

aquello sobre lo que había meditado. Al poco rato el aire pensativo abandonó el rostro de Lázaro y se dirigió a mí animadamente:

—El otro día encontré algo muy interesante en una librería de viejo. ¿Quieres que te lo muestre?

Respondí afirmativamente y Lázaro abandonó la habitación para reaparecer a los pocos minutos con otro libro en sus manos. Me lo tendió mientras se disculpaba:

—Quizá no le encuentres nada de extraordinario. Ni siquiera yo acabo de entender por qué me intriga tanto.

Y, en efecto, tras un primer vistazo no hallé nada interesante en el volumen que me ofrecía. Una somera inspección reveló que se trataba del plano de una ciudad, dividido en páginas de tamaño común para ser publicado en forma de libro. La ciudad del plano no presentaba ningún misterio: era la misma donde ambos vivíamos. Las tapas del libro, que no conservaba su encuadernación original, eran de cuero negro, sus páginas mostraban un uso intenso y prolongado, y por ello algunas estaban a punto de descoserse. Mi primer examen no arrojó nada digno de mención, excepto el hecho de que había sido publicado hacía ya cuarenta años, pero es un período que no confiere antigüedad, sino simple vejez. Lancé una mirada interrogadora a Lázaro, con la esperanza de que me proporcionara alguna pista sobre lo que debía hallar en el libro, pero él se limitó a mantener su sonrisa y a esperar que yo lo descubriese por mis propios medios. Como no deseaba decepcionar a mi amigo, volví a observar detenidamente las páginas del plano, y al fin reparé en lo único que había de singular en ellas.

En algunas páginas se apreciaban líneas trazadas a lápiz, como si alguien hubiese corregido el mapa a mano. El anterior propietario de la guía había dibujado nuevas calles que partían de las ya existentes, con líneas firmes y rotundas que al poco se iban debilitando hasta desvanecerse. En el lugar donde desaparecían, el anónimo autor había añadido flechas indicando la dirección que seguían las calles, y números, probablemente de las páginas donde desembocaban. Repasé de nuevo todas las páginas, buscando el resto de los añadidos. Quizá habría tres docenas.

Dejé de lado el libro y volví a mirar a Lázaro.

—Ya veo. ¿Y?

Él sonrió, como si se disculpaba.

—Nada. Ya te he dicho que no sé por qué me provoca tanta curiosidad. ¿No te resulta intrigante?

Me encogí de hombros mientras respondía:

—No. Alguien ha actualizado su guía con las nuevas calles que se iban abriendo. No veo qué tiene de misterioso.

Lázaro adoptó una expresión de suficiencia.

—Pero es que no se trata de eso, amigo mío. En absoluto. He consultado una guía actualizada y esas calles no existen. En realidad, puedo afirmar que nunca han existido. No durante este siglo, por lo menos.

—¡Vaya! Has realizado un verdadero trabajo de investigación.

—No es para tanto —restó importancia al asunto

Lázaro—. Sólo lo he comparado con una guía de cada diez o veinte años. No me ha llevado ni una hora.

Por un momento, permanecimos en silencio. Luego, reemprendí la conversación:

—Entonces, ¿quién crees que diseñó esas calles? ¿Un urbanista? Supongo que trabajan con otro tipo de planos.

—No, no fue un urbanista —dijo mientras sacudía la cabeza—. Esas calles son imposibles de abrir. En la mayoría de los casos, empiezan y terminan en puntos muy distantes, con docenas de otras calles entre ellas, y parques, y plazas. No tienen ninguna lógica.

Medité durante unos segundos.

—Pues alguien que no tenía nada mejor que hacer se inventó esas calles sin ningún propósito. ¿Qué interés tiene eso? Además, no comprendo que te hayas tomado tantas molestias, consultando otras guías...

Lázaro calló, convencido al fin de que no podría compartir conmigo la fascinación por su nuevo hallazgo, y yo comprendí de inmediato que mis palabras se parecían demasiado a una amonestación. A pesar de que me había advertido que quizá no comprendería la atracción que aquella guía ejercía en él, había estado a punto de ridiculizar su comportamiento. Pensé en la manera de enmendarme, pero no se me ocurrió ninguna, así que decidí ser precavido y dejar que fuese él quien retomara el asunto. Pero no lo hizo. Durante el resto de la tarde, aquel librito negro permaneció abandonado sobre una mesa, en el mismo lugar donde yo lo había dejado. Continuamos leyendo, e incluso hablamos un poco, aunque sin convicción ya. Me marché temprano.

\* \* \*

La siguiente vez que me encontré a Lázaro fue por casualidad: coincidimos en la calle. Había salido de trabajar, y me dirigía a casa paseando mientras disfrutaba del agradable clima primaveral que se había instalado entre nosotros. Caminaba por una calle amplia y concurrida, cuando vi a lo lejos a Lázaro; él también me vio y me saludó con la mano.

—Vaya, vaya. ¿De compras?

—Simplemente paseando. ¿Y tú?

Se encogió de hombros. Advertí que un objeto asomaba de su bolsillo, y reconocí la guía de la ciudad que me había mostrado un par de semanas atrás.

—Más o menos lo mismo.

Seguimos caminando juntos y en silencio durante unos metros. Tuve la sensación de que Lázaro no estaba demasiado complacido de verme. Quizá había llegado en un momento inoportuno, pues no cesaba de mirar por encima del hombro hacia la calle que dejábamos atrás, como si no quisiera alejarse de allí. Pero si esperaba a alguien, ¿por qué no me decía sencillamente que no podía acompañarme? Momentos después, deduje por su expresión que había tomado una decisión.

—Oye, tengo una idea. ¿Recuerdas aquella pequeña

galería de la que me hablaste? Podríamos ir a verla.

Me mostré de acuerdo. Era una curiosa tienda que había descubierto en mis correrías por la ciudad en busca de libros raros, y me complacía en extremo poder enseñar mi hallazgo a Lázaro; eran pocas las ocasiones en las que me adelantaba a su olfato para las curiosidades.

—Sin embargo —continuó Lázaro— ahora mismo debería hacer un par de gestiones... ¿Te molesta ir tú primero y esperarme allí? No, no es necesario, ya me dijiste dónde está.

Aquello acrecentó mi confusión, y espoleó mi curiosidad. Resultaba evidente que quería deshacerse de mí, durante unos momentos por lo menos. Le dije que le esperaría en la galería y tras despedirme de él, me alejé calle abajo, hasta doblar una esquina. Entonces me detuve y, oculto por la pared, observé lo que hacía.

Lázaro no se giró para comprobar si yo me había marchado. Volvía sobre nuestros pasos, hacia el lugar donde nos habíamos encontrado, y examinaba los edificios, como si buscara algo. Entonces abrió la guía que seguía sosteniendo en la mano y cotejó lo que leía en ella con los números de la calle, o por lo menos esa fue la impresión que obtuve.

Me sentí desilusionado. Después de todo, no se había citado con una misteriosa amante, ni con un vendedor de incunables robados a museos o bibliotecas: tan sólo seguía comprobando que las calles que aparecían dibujadas en la guía no existían. Y no deseaba compartir sus investigaciones conmigo porque me había mostrado insensible al discutible encanto de la guía. Así pues, Lázaro seguía jugando con aquella anécdota infantil. Me dispuse a marcharme definitivamente cuando volví por última vez la vista y observé que se dirigía a una de las puertas de la calle que había estado estudiando. Era un portal anónimo, de madera despintada, sin ningún rótulo ni portero electrónico. ¿Iba a preguntar por la antigüedad del inmueble, para descubrir si era posible que cuarenta años atrás hubiese una calle en el lugar donde se alzaba el edificio?

Sin embargo, lo que sucedió después me desconcertó: en lugar de llamar a la puerta, se limitó a empujarla, y ésta, como si le hubiese estado esperando precisamente a él, cedió con toda facilidad y reveló un espacio oscuro donde Lázaro no tardó en desaparecer. Un segundo más tarde, yo miraba una puerta cerrada y él ya no estaba allí.

\* \* \*

Me dirigí a la galería en taxi y llegué pocos minutos más tarde. En realidad no era una galería de arte, sino una librería de viejo con una sección de cuadros precariamente amontonados en un rincón. Los libros no tenían ningún valor: en la mayor parte de los casos, se trataba de best-sellers de varias décadas atrás, el tipo de libro que no merece ni una segunda mirada. Sin embargo, los cuadros eran otra cosa. No entiendo mucho de pintura

—decir que no entiendo nada sería más exacto—, pero tampoco era su calidad lo que me había llamado la atención. No eran el tipo de pinturas que uno esperaba encontrarse allí. En una tienducha como aquella, lo normal hubiese sido hallar unos cuantos paisajes, un par de torpes bodegones y algún retrato apropiadamente idealizado.

Entré en la librería saludando con una inclinación de cabeza al dueño, y me sumergí en la acostumbrada atmósfera de tabaco de pipa rancio, curioseando mientras esperaba a Lázaro. Reparé distraídamente en la presencia de otro cliente que observaba las pinturas, pero hasta que me habló no reconocí a mi amigo.

—¡Vaya! ¿Cómo has llegado tan deprisa?

En su cara bailoteaba una sonrisa juguetona, ensimismada.

—¡Ah! Es un secreto. Pero quizá te lo cuente, si te portas bien. Así que este es tu hallazgo, ¿mmh?

Confesé que lo era y nos sumimos en la contemplación de los cuadros.

Como he dicho antes, nada de excepcional tenía la ejecución de los mismos. Incluso yo podía apreciar que la mano que los había pintado no era un dechado de habilidad, pero poseían algo que les confería una atracción casi hipnótica. Representaban, en la mayoría de los casos, naturalezas muertas, pero el autor las había tratado como si fueran retratos: retratos de muñecas, de soldados de plomo, de animales de peluche, de figuras de cera. Exudaban una densa atmósfera melancólica, y causaban al mismo tiempo una indefinible inquietud. Pertenecían a una determinada imaginería a la que soy muy proclive: la del tratamiento macabro o romántico de elementos aparentemente triviales. Observé el efecto que producían en Lázaro, y me defraudó descubrir que apenas les había prestado atención: continuaba mostrando la actitud satisfecha y ensimismada con que lo había encontrado.

—Bah, nada del otro mundo. Juguetes malvados: interesante, pero no muy original, aunque... Mmh, sí, principios de siglo, creo. Había otro pintor que... pero no recuerdo su nombre. De todas formas, es clara su influencia... rozando la copia, diría yo... ¿Cómo demonios se llamaba?

Continuó haciendo gala de sus conocimientos, lo que me irritó aún más. Dejé traslucir algo de mi enojo hasta que se dio cuenta de que estaba despreciando mi descubrimiento. Rectificó de manera poco sutil.

—Aunque después de todo, no carecen de mérito, no. Creo que incluso compraré un par... Aún tengo unos palmos de pared sin cubrir en la biblioteca...

Compró dos cuadros —escogiendo con inefable acierto uno de los que yo había previsto adquirir—, encargó al dueño de la tienda que se los enviara a su casa, y se dirigió a la salida mientras me decía:

—Ven. Creo que tengo algo que mostrarte más interesante que eso.

Ya en la calle caminamos silenciosamente durante



algunos minutos. Faltaban un par de horas para anoche-  
cer, y el cielo estaba tomando ya ese tono sereno que  
marca la desaparición del sol. Una brisa suave agitaba  
delicadamente los plátanos, y creaba un agradable rumor  
en la calle que se iba vaciando de transeúntes y coches.

Lázaro parecía preparar lo que iba a decir, en un gesto  
que yo conocía bien, y que solía anteceder las ocasiones  
en las que soltaba una larga perorata o intentaba conven-  
cerme de algo. Al fin se decidió a atacar:

—¿Sabes cómo he llegado antes que tú a la tienda?

Me encogí de hombros.

—No sé. ¿En autobús?

Se detuvo y me miró.

—Mira, ya sé que de momento no vas a creerme, pero  
no quiero andarme con rodeos. He venido caminando  
por una de esas calles que están marcadas en la guía.

En un primer momento no entendí lo que me quería  
decir.

—Así que después de todo, sí que se habían abierto  
algunas de esas calles.

—No, no, no. No comprendes. Las calles no existen...  
o no existían... a menos que tengas la guía y sepas dónde  
buscar. Nadie conoce esas calles. Nadie camina por ellas.  
De hecho, no pueden existir. Pero con la guía he sido  
capaz de hallarlas, y usarlas.

Mantuve una expresión neutra.

—No entiendo el chiste.

—¡No se trata de ningún chiste! Mira, he llegado a la  
tienda diez minutos antes que tú. He hallado... la única  
manera de describirlo es un atajo. Estaba buscando una  
de las calles cuando nos hemos encontrado antes, y he  
recordado que, según la guía, desembocaba cerca de la  
librería... En concreto he salido de ahí —y señaló en una  
determinada dirección.

Era una puerta tan anónima como aquella por la que  
lo había visto entrar antes. Vieja, quizá menos descuida-  
da. Conservaba algo de brillo, un picaporte dorado y en  
su tiempo podía haber sido elegante.

—¿Lo entiendes? He entrado por una puerta parecida  
a ésta, he caminado un centenar de metros por una calle  
desierta, y ¡voilà!, he aparecido a más de dos kilómetros  
de distancia.

No lo entendía. ¿Y quién podría culparme por ello?

—Oye, me parece muy bien que te dediques a tus jue-  
gos... pero no creo que tengas derecho a tomarme el  
pelo. Esta broma absurda es...

Lázaro hizo un gesto de desesperación.

—No es ninguna broma. ¡No te miento! Espera, ven.  
¡Ven!

Sin molestarse en asegurarse de que yo lo seguía,  
Lázaro se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta que  
había señalado y la abrió. No pude ver nada de lo que  
había más allá: tan sólo oscuridad. Se volvió hacia mí con  
una mirada suplicante.

—¿Deseas una prueba? ¡Bien! No tienes más que  
seguirme un rato y lo verás tú mismo.

Olía a cerrado, y nuestros pasos despertaron ecos en  
aquel espacio angosto.

—No te preocupes... sólo sigue la pared.

Supuse que era un pasillo. Al principio la oscuridad  
era absoluta, pero a medida que me acostumbraba al  
cambio de luz, empecé a notar un resplandor gris hacia  
el que nos dirigíamos.

El tacto de la pared por la que me guiaba a tientas era  
polvoriento.

—Tras cada puerta que he probado hay un espacio  
similar... una especie de zaguán antes de la calle.

—Espero que esto no resulte ser una broma estúpida,  
porque...

—No, no. Camina un poco más. Sígueme.

Hasta entonces, no poseía ninguna prueba de que no  
se tratara tan sólo de un edificio abandonado. Poco a  
poco, el resplandor fue definiéndose, y al fin se recortó  
contra la oscuridad un recuadro de luz sucia y gris. Con  
un punto de referencia, pudimos abandonar la pared y  
en unos segundos habíamos llegado a nuestro objetivo.

Después de salir por un simple agujero rectangular  
practicado en la pared, miré al exterior. Y creí.

No sé explicar por qué. No fue, tan sólo, por la imposi-  
bilidad de que el edificio donde habíamos entrado  
albergase un pasadizo tan largo; no fue porque el cielo  
mostrase un tono que no se correspondía al del cielo que  
habíamos dejado fuera; no fue por los extraños murmu-  
llos que se oían al otro lado de los dos altos muros de  
ladrillo que formaban la calle, tan altos que me parecía  
hallarme en la garganta producida por un río entre las  
montañas; no fue por el empedrado de la calle, que tra-  
zaba un complicado patrón de líneas y espirales entre-  
cruzados, y no podía pertenecer sino a otras épocas  
remotas; no fue por la total ausencia de puertas y ventan-  
as en los muros; no fue por la sensación de una presen-  
cia que nos observaba; no fue por las copas de árboles  
desconocidos que se asomaban por encima del muro.  
Fue por todo esto junto pero, por encima de todo, por-  
que sencillamente no podía negarlo. Estaba en otra  
parte.

Me quedé sin aliento.

—Dios mío...

Lázaro, a mi lado, sonreía.

—¿Lo ves? Lo notas, ¿verdad? ¿No es increíble? ¿No es  
lo más increíble que te pueda pasar en toda la vida?

Yo sólo podía asentir abrumado mientras seguía  
maravillándome de lo que me rodeaba.

Los dos muros que formaban la calle eran de ladrillos  
pequeños y marrones, desgastados por el tiempo, y se  
extendían más allá de lo que mi vista alcanzaba a ver. El  
cielo tenía un tono ocre, como si alguien hubiese vertido  
yodo en él, el mismo tono que a veces precede una tor-  
menta. Los árboles que vislumbraba tras los muros, y los  
extraños sonidos animales que oía tras ellos, causaban la  
impresión de que aquellas paredes nos defendían de la  
irrupción de una selva desconocida y peligrosa: era una

sensación remotamente parecida a la que había experimentado al caminar a lo largo de la calle que discurría tras el parque zoológico.

—¿Dónde... dónde estamos?

Lázaro me tendió algo que, en mi confusión, tardé en reconocer como la guía que nos había llevado hasta allí.

—¡Exáminala ahora! —me apremió.

Mi ciudad había desaparecido de aquellas páginas. Donde antes habían estado reproducidas las familiares calles que yo conocía tan bien, ahora se extendía una inextricable maraña de callejones rectos que se entrecruzaban en raras ocasiones.

—¿Es la misma guía?

—¡Sí! Mira, ahora estamos aquí. No sé cómo explicarlo, pero al entrar en una de las calles secretas, la guía cambia, y representa la otra ciudad... la ciudad donde estamos ahora.

Permanecí varios minutos más examinando el libro y lo que se hallaba a mi alrededor hasta que Lázaro se impacientó.

—Aún te queda mucho por ver. Vamos.

Al parecer, estaba tan familiarizado con la guía que no la necesitaba para orientarse por esas calles, pues caminaba con paso seguro; pero lo cierto es que aún no habíamos encontrado ninguna bifurcación, de modo que no había ninguna decisión posible.

—¿A dónde nos dirigimos ahora?

—A buscar la puerta por la que he entrado antes. No está lejos.

Una sombra maliciosa brillaba en sus ojos.

—Pero antes quiero que conozcas un poco más mi reino privado.

Las paredes no eran tan lisas como me habían parecido al principio. Aquí y allá se abrían agujeros causados por la caída de los ladrillos, pero no eran suficientemente profundos para revelar lo que se ocultaba al otro lado. De hecho, eso me tranquilizaba. No deseaba conocer a los seres que producían los sonidos que, de vez en cuando, nos sobresaltaban. Era una mezcla entre un ladrido y un suspiro ronco y retumbante. No conseguía imaginar el aspecto de un animal que emitiera tal sonido, ni ponía mucho empeño en hacerlo.

—¿Cuántas veces has estado en este sitio?

—Con ésta son cinco, creo. Sí, cinco.

—¿Y cómo lo descubriste? ¿Por qué sospechaste que la guía era algo más que el resultado de una mera fantasía?

Lázaro inspiró profundamente.

—La verdad, no lo sé. Ya te dije la otra vez que desde que la vi, quedé hechizado por ella. No sé... pensar que alguien la había utilizado para fantasear sobre calles que no existían me atraía de manera irresistible. De alguna modo era como hallarse ante un hermético objeto de arte, ¿entiendes? Alguien había derrochado fantasía y creatividad en él, pero aquellas líneas a lápiz medio desvaídas constituían las únicas huellas visibles. Yo podía

intentar adivinar lo que su creador pensaba: cómo eran las calles, quién vivía allí, por qué eran importantes... Cuando era pequeño me entretenía con un juego similar: dibujaba mapas ficticios, bautizaba los bosques, las montañas y los ríos, e inventaba las historias que se desarrollaban en ellos: la rivalidad entre dos ciudades, los viajeros que se perdían en aquel desierto, la batalla que tenía lugar en aquel bosque. También imaginaba que en la ciudad que había situado en mi mapa existía un niño parecido a mí, que a su vez dibujaba otro mapa, otro país y otra ciudad y se preguntaba si allí habría un niño parecido a él, y ese niño que imaginaba era yo. ¿Nunca hiciste tú algo parecido?

Negué con la cabeza.

—Supongo que por eso me atraía... Un regreso a la infancia, ¿eh? En fin, el caso es que no me lo podía quitar de la cabeza. Entonces me pregunté si quien lo dibujó había visitado los sitios en los que nacían sus calles, y me dije que probablemente lo hizo. Así que quise verlos yo mismo, porque eso constituiría otro nexo entre nosotros dos.

En el lugar por el que pasábamos en ese momento encontramos algo que yo aún no había visto allí: una puerta. Me pregunté si conduciría de vuelta a nuestro mundo cotidiano o a otra parte de la ciudad secreta, y en cualquiera de los dos casos, qué habría tras ella. Pero Lázaro continuaba explicando su historia, así que guardé mi duda para otro momento.

—El resto te lo puedes imaginar. Caminando por uno de esos sitios me di cuenta de que había una puerta justo donde nacía la calle ficticia en el plano. Pronto noté que tenía algo especial. La casa a la que pertenecía tenía el aspecto de estar abandonada, e intenté entrar. La puerta no estaba cerrada. Y desde el primer momento supe que me hallaba en otro... no sé, otro universo, otra época, otro plano: llámalo como quieras. Y durante dos semanas me he dedicado a explorarlo.

—¿Has encontrado a alguien que viva aquí?

—Resulta complicado responder a eso. Por supuesto, están ellos; ya los oyes —Lázaro hizo un gesto hacia los muros, en referencia a los sonidos que me alteraban tanto—. Y un par de veces me ha parecido que... Pero no, no puedo afirmar haber visto a ningún ser vivo.

—¿Y edificios? ¿Hay casas, hay plazas, o sólo encontraremos estos callejones sin fin?

—Hay otras zonas diferentes. Sí, he visitado algunos edificios aquí. ¿Casas? Bueno, no puedo asegurar que lo sean. Y por cierto, dentro de poco podrás ver tú uno de esos edificios.

Y es que el pasadizo por el que caminábamos, y que en un principio parecía eterno, llegaba a su fin. Desembocaba en una plazoleta pequeña, rodeada por el mismo tipo de muro que nos había escoltado hasta allí. Además del callejón por el que llegábamos, partían otras dos calles de ella, un poco más anchas. En su centro se alzaba un edificio, de forma semiesférica, construido con

pesados bloques de piedra gris. Desde donde nos hallábamos no se apreciaban ventanas ni otras aberturas, pero al rodearlo apareció un entrada en forma de arco.

—¿Qué es? ¿Qué hay dentro?

Lázaro se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lo he visto por primera vez al dirigirme a nuestra cita en la tienda. Ha despertado mi curiosidad, pero no deseaba hacerte esperar, así que voy a descubrirlo al mismo tiempo que tú.

Un amplio altar dominaba el centro de la única habitación del interior, que tendría unos veinte metros de diámetro. Sobre él se amontonaban algunos objetos de difícil clasificación. Uno de ellos era, claramente, un cáliz. Los había de diversos tamaños y formas; a veces me pareció que eran otros complementos destinados a la liturgia, y otras veces creí que se trataba de armas, pero llegué a la conclusión de que unos diseños tan insólitos no podían poseer ninguna utilidad práctica. En lo alto del techo ovalado, un agujero vertía un poco de luz mortecina sobre el altar, y provocaba un débil centelleo en los objetos que aún no se habían herrumbrado. Pero aquello no atrajo nuestra atención tanto como lo que había tras el altar.

Apoyado contra la pared descansaba un esqueleto. Una coraza dorada revestía su torso, o lo que un día había sido su torso; sobre ella, en precario equilibrio, la calavera se inclinaba hacia delante, como si se hubiese quedado dormido, y alrededor yacían diseminados los huesos de las extremidades y una espada corta. Una sustancia marrón continuaba adherida en algunos huesos. La forma y el tamaño de éstos no se correspondían con los esqueletos humanos que yo había visto.

Un fuego helado nació en mi estómago, y sus llamas ascendieron hacia el resto de mi cuerpo adormeciendo mis miembros. No había sido consciente de que me hallaba en un lugar que podía ser peligroso. No sabía nada acerca de aquella ciudad. ¿Cuánto tiempo hacía que aquel esqueleto estaba allí? ¿Lo habían matado? ¿Quién? ¿Cuándo, cómo? ¿Permanecía cerca de allí quien había acabado con él? No conocía las respuestas.

Lázaro no parecía impresionado.

—He visto otros como ése, pero yo no me preocuparía. Pasara lo que pasara, fue hace mucho tiempo.

Me volví hacia él, incrédulo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? ¿Lo dice tu maldita guía?

La sorpresa de Lázaro dejó paso a una expresión divertida.

—Vamos, no me digas que estás asustado por esto. ¡Sólo hace falta mirarlo durante un segundo para saber que está aquí desde hace años! Me decepcionas. ¿Unos cuantos huesos te van a impedir explorar un mundo secreto?

—¡Eres...! ¡No se puede ser más imbécil! ¿Qué coño sabes tú de lo que hay aquí o no?

A medida que la ira escapaba a mi control, Lázaro se mostraba más regocijado.

—Anda, cálmate. He estado aquí cinco veces y aún no...

Hasta nosotros llegó un débil tintineo. La expresión relajada de mi amigo desapareció repentinamente y una sombra de duda cruzó su rostro. Por un momento, ninguno de nosotros supo qué hacer, y permanecimos inmóviles frente al esqueleto.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé... aquí nunca he oído a nadie que...

Lázaro interrumpió su frase y se deslizó cuidadosamente hasta la entrada, para observar qué producía aquel ruido, que seguía oyéndose claramente.

—¿Qué es?

Como no respondía, me acerqué a él para verlo yo mismo.

Por una de las callejuelas se acercaba alguien. Estaban demasiado lejos para distinguirlos con claridad, pero sí pude apreciar que llevaban armaduras, que causaban aquel ruido metálico. Protegían sus cabezas con grandes yelmos que ocultaban por completo sus caras, y de sus cinturas colgaban espadas y mazas. Eran cuatro o cinco, bajos y anchos todos.

—¿Quién crees que... qué crees que son?

—No sé. Ya te he dicho que nunca había visto a nadie por aquí.

—¿Te parece que... crees que son peligrosos?

Se encogió de hombros.

—Llevan armas, ¿no?

—Quizá no nos verán si permanecemos aquí dentro.

La expresión de Lázaro reveló que pensaba intensamente.

—Escúchame bien. Míralos: son bastante bajos, y no parecen muy ágiles. Además, deben llevar mucho peso. Si salimos corriendo ahora, seguro que no nos atrapan.

—¡No! ¡Espera!

Pero ya era tarde; Lázaro salió corriendo hacia la callejuela opuesta a aquella por la que llegaban los soldados. No tuve más remedio que seguirle.

Al entrar en la calle, oí detrás nuestro unos gruñidos de sorpresa, e inmediatamente el tintineo metálico más ruidoso señaló que habían empezado a correr en pos nuestro.

Lázaro corría de forma desmañada, y sin embargo mantenía una velocidad sorprendente que me costaba igualar. Nunca he sido un gran corredor, y pronto se despertó un dolor sordo en mi costado y el aliento empezó a arder en mi garganta, pero me esforcé en respirar correctamente y conservar el ritmo. No tenía alternativa.

Al tintineo de nuestros perseguidores se añadieron sus jadeos. No podría decir si se acercaban o quedaban retrasados, pero los sonidos me parecían alarmantemente cercanos, y no me atrevía a girarme para comprobar a qué distancia se hallaban.

El callejón por el que corríamos desembocó en una calle mayor. Ahora nos hallábamos en una nueva zona, con enormes edificios grises y viejos, no muy diferentes a

los de cualquier ciudad normal, pero grandes tabloneros de madera sellaban sus puertas y ventanas. Entre los edificios se abrían nuevas calles, y entrábamos por ellas al azar, con la esperanza de despistar a nuestros perseguidores. De vez en cuando Lázaros miraba por encima del hombro para asegurarse de que yo lo seguía. Los soldados gritaban en un idioma que me resultaba totalmente desconocido.

Seguimos corriendo de esta manera durante varios minutos. Los movimientos de Lázaros se volvían cada vez más desmañados, y mi respiración más ahogada. Supe que no agantaríamos mucho más, y los pasos de nuestros perseguidores sonaban detrás nuestro, implacables.

Tras una de las esquinas que giramos apareció un amplio espacio vacío, más allá del cual se alzaba una extraña construcción octogonal y gigantesca. Varias entradas daban acceso a ella. Nos apresuramos en entrar por una de sus puertas.

El interior del edificio carecía de techo, y estaba formado por un largo pasadizo que se bifurcaba cada pocos metros.

—Es un laberinto —jadeó Lázaros.

En efecto, era una copia casi exacta del grabado de un laberinto que yo había visto una vez, pero la altura de sus paredes impedía su identificación desde afuera.

El tintineo de armaduras, que se había amortiguado durante unos segundos, volvió a hacerse perceptible.

—Vamos.

Trazamos un itinerario errático, confiando en que el azar nos llevara por un camino distinto al de los soldados. Lázaros iba primero, y no sé si la elección de los desvíos respondía a una pauta fija o se limitaba a seguir la primera calle que veía.

Después de incontables vueltas mi amigo se desplomó y yo lo secundé. Permanecimos en el suelo durante un buen rato, jadeando y aguzando el oído para distinguir el sonido de otros pasos acercándose. No se oía nada aparte de nuestra respiración fatigada.

—Creo que... —consiguí decir al fin Lázaros— creo que ni siquiera se han atrevido a entrar. Deben... deben temer perderse.

Perderse en aquel laberinto era ciertamente fácil: todas las paredes tenían el mismo aspecto, y no había ningún punto de referencia que diferenciase unas zonas de otras.

Entonces un duda me asaltó. Si ellos temían perderse. ¿cómo hallaríamos nosotros la salida? Abrí la guía, que seguía llevando yo, y pasé las páginas con frenesí. Suspiré aliviado al comprobar que el laberinto donde nos hallábamos estaba fielmente reflejado en el libro.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

\* \* \*

Mucho más tarde buscamos la salida del laberinto. Escogimos una puerta diferente a aquella por la que habíamos entrado, porque era posible que los soldados

aún nos aguardaran allí. Mientras esperábamos habíamos estudiado la guía, y habíamos diseñado cuidadosamente la ruta a seguir, no sólo dentro del laberinto, sino también fuera de él, hasta la puerta más cercana que nos llevara de vuelta a nuestro mundo. Fue cuestión de minutos encontrarla, caminando por las fantasmales calles de la ciudad secreta, oyendo aquellos extraños gruñidos animales que parecían intensificarse con la llegada de la oscuridad.

Después de atravesar un corredor oscuro, igual al que habíamos usado horas antes para entrar, nos hallamos en una calle normal, concurrida, prosaica, cotidiana. Los transeúntes apresuraban el paso. Los coches pasaban zumbando. Las farolas derramaban una luz anaranjada sobre la acera.

Nos despedimos mutuamente, y aseguré a mi amigo que en adelante no deseaba saber nada más de aquella guía.

Y esa es toda la historia.

Sé que no es un final adecuado. Y quizá no sea el verdadero final, pero lo es por lo que a mí concierne.

Hay otra cosa que debo decir.

Unas semanas después, intenté ponerme en contacto con Lázaros y no lo conseguí. No contestaba las llamadas de teléfono, ni lo vi en los lugares que solía frecuentar. Su casa estaba vacía, y el jardín presentaba un aspecto más descuidado de lo habitual. Algunos amigos mutuos piensan que, como en otras ocasiones, ha emprendido un viaje sin avisar a nadie.

Yo también lo creo, aunque la naturaleza del viaje que sospecho que ha emprendido asombraría a nuestros amigos.



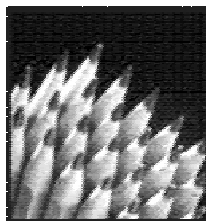




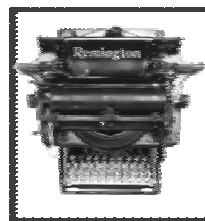
**Tablas  
de arcilla**



**Plumas  
de Aves**



**Lápices  
y plumas**



**Máquina  
de escribir**



**Computadora  
Personal**

**Haga más fácil su trabajo:  
seleccione la  
mejor herramienta.**

**Con la computadora personal,  
usted puede**

diseñar edificios  
consultar enciclopedias  
enviar fax  
pintar cuadros  
escribir novelas  
programar actividades  
navegar en Internet  
manejar sus recursos



almacenar datos  
retocar fotografías  
archivar documentos  
inventar máquinas  
mandar email  
llevar inventarios  
administrar empresas  
hacer tareas escolares

jugar un rato  
y casi todo  
lo que quiera.



**SACSA**

**Computadoras, periféricos, redes,  
mantenimiento, software.**

**12 y 13 Matamoros #510-1. Cd Victoria, Tamaulipas. Tel. 3-15-37-17  
sacsa@tamnet.com.mx**

# FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO

A través de la edición de libros antológicos, individuales y colectivos de jóvenes autores del interior del país, Tierra Adentro da a conocer nuevas voces y estimula la creación acercándola al público lector de México.

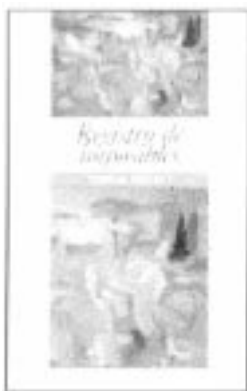
## NUEVOS TÍTULOS

### Teatro

220. *Por no ir a Michigan*  
Ocho piezas teatrales  
de Norma Barroso

Es importante. El teatro de Norma Barroso se ubica entre el realismo y algo que podría calificarse como magia, o fantasía, mejor, para evitar el cartabón del “realismo mágico”. Un realismo que retoma muy bien la corriente que mejor se ha desarrollado en el teatro mexicano, al que la escritora añade giros, vueltas de tuerca, explosiones íntimas donde la atmósfera estrictamente realista impone una dimensión que escapa a todo costumbrismo o a toda transcripción chata de la vida. El teatro de Norma Barroso es verificable, no sólo literariamente, sino sobre todo en su concepción escénica. Como todo dramaturgo que tiene clara su función, ella no escribe para hacer libros, sino para hacer teatro. Lomerece.

Vicente Leñero



### Cuento

221. *Registro de imposibles*  
de Cecilia Eudave

He de confesar que leer este libro me ha permitido entregarme a mi verdadera pasión: la lectura de relatos inverosímiles e inexplicables: historias con hechos excluidos de la realidad cotidiana, hechos rechazados por algunos porque pueden trastocar los razonamientos establecidos. Y son precisamente estos hechos los que impregnan todos los relatos, escritos tal y como se presentan a quienes los han vivido: nobles e innobles, enfermizos o puros, con su cortejo de cosas excéntricas y sus concomitancias incongruentes. Esta colección de relatos es una brújula para navegar por los océanos del otro lado, de reconstruir el rompecabezas de los mundos ocultos detrás de este mundo.

Carlos E. Bustos

De venta en Libros y Arte  
Conaculta, El Parnaso y  
otras Librerías de prestigio.

 **CONACULTA**  
TIERRA ADENTRO

En Internet:  
[www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)  
E-Mail:  
[beatrizp@conaculta.gob.mx](mailto:beatrizp@conaculta.gob.mx)



## **Camino abierto al futuro**

**Excelencia académica.**

**Fomentar los valores.**

**Crear hábitos de investigación.**

**Promover la cultura general  
y la apreciación de las artes.**

**Practicar el deporte como  
fuente de salud y recreación.**

**Vincular la educación y la sociedad.**

**Preservar el medio ambiente.**

**Estimular el espíritu emprendedor.**



**Colegio  
Nuevo  
Santander**

**18 Hidalgo y Juárez #153 Tel. 2-51-87**

🍷 Pablo Tusset es un polifacético barcelonés, autor entre otras obras de la novela corta *La Residencia*, aparecida este mes como nº 1 de la colección Artifex Serie Minor. Actualmente escribe su tercera novela, que espera sea la que le consagre como escritor.

## El guerrero del algoritmo

---

por Pablo Tusset  
España

---

**E**n la época de las cosas pequeñas, los dioses ponen a prueba a los hombres. Brámok, el guerrero del algoritmo, será el contrincante del campeón humano. Su invencibilidad está más allá de toda duda... ¿o no lo está?

Godámil, el muchacho del alma en tránsito, no había logrado abandonarse al sueño sobre su lecho de cañizo y hierba. Sus ojos, estragados por la larga oscuridad de la vigilia, esperaban impacientes la luz del primer día en su destino de hombre.

El alba se demoraba. El Poblado despertó en plena noche sin luna y Godámil presintió la inminencia de una señal reveladora. Oyó a través del paramento los pasos sigilosos de los primeros en salir de las chozas; susurros, leves palabras de asombro, rumores de alarma contenida.

Salió a la noche. Caminó a tientas hacia las voces tenues y el ruido de hojarasca. Los guerreros, padres de Godámil el muchacho, esperaban la salida del sol acuciados alrededor de las cenizas de la hoguera.

Fohrner, el nigromante, trataba de encender unas ramas secas.

El fuego no prendió.

Los guerreros guardaron un silencio reverente; el viento parecía dar un descanso a las copas milenarias del bosque; el río callaba un silencio de cristal verdo-so, cuajado de peces retenidos en su cielo borroso y frío. Tras larga y silenciosa espera en la oscuridad, el Poblado comprendió que los dioses se habían reunido.

Las mujeres organizaron los suministros, el refugio del ganado, los turnos para la custodia de los niños. Los hombres pusieron sus armas recién afiladas a disposición del Consejo. Fohrner, el nigromante, invocó a los antepasados; los muertos hablaron de lucha, de

astucia, de muerte: los dioses, cansados de mover el mundo, preparaban un desafío y los muertos nada podían hacer por sus hijos en la tierra.

Cuando los muertos hubieron hablado, los adultos se reunieron en el oráculo del Centro para escuchar la Voz de la Roca. Silmaranda, la mensajera, se tendió sobre el altar, y los augures la ligaron de pies y manos bajo el altísimo péndulo de piedra colgado desde el conciliábulo de los dioses. Cayó la mensajera en la agitación agónica que acompaña al trance y sonó en la noche su voz transmutada; por ella supieron, estremecidos, del advenimiento de Brámok, el guerrero del algoritmo, cuyo nombre resonó amenazador en la lengua amable del Poblado. Godámil se arrebujó en sus pieles, miró hacia el cielo sin estrellas y sintió el sobrecogimiento de la noche absoluta como un abismo negro que se le abalanzaba. El Poblado debía oponer un contrincante a Brámok en lucha a muerte. Si Brámok vencía, los dioses no vivirían más junto a los hombres; si era derrotado, el sol volvería a cada amanecer, el fuego calentaría las chozas en invierno, el río fluiría sin interrupción para apaciguar la sed de los hombres y los dioses serían para siempre aliados del Poblado. Cuando los hombres hubieran escogido a su guerrero, los dioses volverían para ser testigos del combate.

Después de oír la Voz de la Roca, Fohrner, el nigromante, consultó de nuevo a los muertos sobre el desconocido de nombre aterrador. Los espíritus recordaban tiempos remotos en que los dioses habían construido a Brámok, el de hierro, en su afán por superar la destreza de los hombres en la lucha. Su coraza lo hacía invulnerable a la espada, la fuerza de sus manos podía triturar los brillantes guijarros del río, la velocidad de sus movimientos superaba a cualquier alimaña; nadie lo vio nunca fatigado puesto que ningún aliento animaba su ser, sino la fuerza que los propios dioses infundían en él. El rayo de Nórak lo nutría; Útum, dios del pasado, hizo prodigiosa su memoria; Lévetan, señor de las leyes invisibles, lo dotó de una lógica implacable; Gúsark, amo de las profundidades, forjó su rojiza piel de metal. Pero Brámok, el de hierro, no conocía el combate de los hombres, y hubiera bastado la incipiente habilidad de un joven guerrero para burlar su poder. Los dioses, resentidos por la imperfección de su criatura, raptaron a Mése-ne, hija de los Siete de Álbek, y éstos hubieron de acceder a prestar su ciencia. Enseguida se hicieron traer a los dos mejores guerreros de cada pueblo y observaron con atención sus movimientos durante largo tiempo. Estudiaron primero cada técnica por separado: los Orog trataban de atrapar al enemigo y quebrarle los huesos con su fuerza descomunal; los Tuíril, blandiendo una vara elástica, podían despellejar a un leopardo vivo fustigando el cuerpo moteado sin encajar un solo zarpazo; los Hombres de las Montañas se debatían lanzando los pies armados en erizadas tobilleras; el quieto combate de los Sónerom se resolvía en una sola estocada, trabajosamente calculada durante horas de inmovilidad y observación mutua. Más tarde, cuando cada pareja de guerreros hubo luchado, ensayaron combates mixtos: la vara de un Maestro Tuíril contra la espada de un Dámiel, un Timba ante la severa mirada de un Hermano del Sur, una Vosta frente a un Hombre del Poblado. Cada movimiento de una mano encontraba su réplica en el cuerpo del contrincante, a cada paso en avance correspondía un paso en retroceso, a cada ataque una defensa, una embestida, un salto, un amago, una retirada. Consignaron cuidadosamente los puntos débiles de cada luchador y estudiaron sus trayectorias a lo largo del combate; tomaron nota de cada golpe, de cada giro, de cada posición de equilibrio, de cada intención insinuada; pacientemente trazaron todos los caminos hacia la victoria, toda derivación que apuntara al triunfo, y con su magia las escribieron en mil veinticuatro libros de mil veinticuatro páginas, con mil veinticuatro palabras rigurosamente ordenadas en cada una de las páginas. En ellas esta-

---

Después de oír la Voz de la Roca, Fohrner, el nigromante, consultó de nuevo a los muertos sobre el desconocido de nombre aterrador.

Los espíritus recordaban tiempos remotos en que los dioses habían construido a Brámok, el de hierro, en su afán por superar la destreza de los hombres en la lucha.



ba la respuesta a todos los combates posibles, a todas las batallas pasadas y por venir entre los hombres de la tierra. Después, los Siete de Álbek entregaron los libros a los dioses y Mésene fue liberada. Brámok leyó y memorizó cada palabra, cada página y cada libro hasta no ser ya más Brámok el de hierro, sino Brámok, el guerrero del algoritmo. Sólo entonces los dioses perforaron su coraza en el centro de la frente para dar al hombre su oportunidad de vencer.

Los dioses habían elegido al Poblado, y ahora el guerrero del algoritmo esperaba a su adversario.

Godámil, el muchacho del alma en tránsito, sintió frío y miedo, y se reprochó su debilidad de muchacho. “Los guerreros del Poblado no temen”, se dijo quedamente hasta conseguir que el miedo se disolviera en el deseo, elaborado a través de mil juegos preparatorios, de hacerse hombre. Sí, él se enfrentaría a Brámok de haber superado el Día; y moriría de ser necesario, como un hombre del Poblado sabe morir sin sentir miedo.

Fohrner convocó al Consejo. Godámil, con los otros muchachos, asistiría a los ancianos en la celebración. La elección se haría efectiva conforme a la Ley del Poblado: los guerreros, reunidos en círculo, pasarían de mano en mano la copa rebosante de El Agua; aquel de ellos que vertiera una sola gota se batiría ante Brámok, pues sólo el que ofende Al Agua merece ser enviado a la muerte sin deshonor para un pueblo que ama a sus guerreros.

Fohrner abrió la urna cuidando de no tocar el cáliz y un ligero resplandor iluminó su rostro; Godámil, a su lado, comprendió en ese mismo instante que debía tomar la copa y entregarla al primer guerrero del círculo. Contuvo el aliento y la asió fuertemente por el pie: pesaba; vaciló, notó una gota helada sobre la piel, se le escapó un sollozo entrecortado; el primer rayo de sol iluminó su cara, su pecho, sus pies, la copa caída, la mancha húmeda en la tierra por El Agua derramada. El rumor del río volvió al Poblado como vuelve el hombre a la vida al terminar su sueño; el viento reanudó su azote sobre el viejo bosque atormentado; en las puertas del Poblado, Brámok, el guerrero del algoritmo, destellaba grande y rojo como un portentoso bisonte refulgente.

Fohrner imploró a los dioses, los guerreros se postraron en vano: el Día había llegado para Godámil, el muchacho, y Brámok aguardaba a que los hombres celebrasen sus ritos antes del combate.

## II

Los Siete de Álbek llegaron a caballo, Mésene a la grupa del último. Fohrner tendió los brazos suplicantes hacia los jinetes. “Nos ha sido arrebatada la promesa de no ayudar a los hombres”, contestaron las siete voces de los de Álbek, “y la palabra de los Siete es firme como la Voz de la Roca. Pero El Agua ha elegido bien: Godámil vencerá a Brámok sin la ciencia de los Siete.

Ahora, Hombres del Poblado, celebrad vuestros ritos, ungid a Godámil con el barro Del Agua y preparad una hoguera en el Centro, porque danzará Mésene para confortar a Godámil, y el Poblado sabrá después del combate que los Siete dijeron verdad al anunciar la derrota de los dioses.”

Godámil fue guiado por sus madres a la choza de Silmaranda, la mensajera. Allí, tendido, desnudo, le pareció contemplar aún los ojos negros de Mésene mirándole sonriente. Y algo de aquellos ojos seguía viendo ahora en los de su Madre Blanca, y en los de su Madre Vieja, y en los de su Madre Dulce que le señalaba el pecho con el barro Del Agua. Godámil reconoció la identidad de todas aquellas miradas suaves como una choza templada, incensada por las brasas aromáticas del bosque, acolchada con el musgo esponjoso de la orilla del río; y vislumbró la añoranza de un pasado nuevo, un recuerdo jamás antes percibido, y sin embargo tan íntimo, como rescatado de un olvido remoto y persistente.

Silmaranda, la mensajera, se unió al canto hipnótico de las madres de Godámil. La Madre Blanca le dio a beber la infusión de los guerreros. A Godámil le hizo bien el bebedizo caliente y almibarado. Con los ojos cerrados vio una vez más a Mésene llegando a la grupa de los de Álbek: la brillante cabellera azulada cayendo sobre los pequeños pechos de sonrosadas aureolas, la decidida claridad de su cuerpo sobre el caballo, la sonrisa quizá imaginada en sus labios inmóviles, la sombra enigmática de su vientre extrañamente acogedor.

La Madre Vieja calzó a Godámil las sandalias de guerrero, le ciñó el breve paño en torno a la cintura, la cinta impregnada en esencias medicinales, la máscara de guerrero que desdibujaba la identidad de su rostro de muchacho.

Se despidió Godámil de sus madres; salió solo de la choza y se dirigió al Centro donde sus padres le esperaban para recitar las palabras con que los guerreros invocan a la victoria. Fohrner le entregó el amuleto de los muertos y cada uno de los padres guerreros tiznó su nombre sobre el cuerpo delgado del muchacho. Godámil volvió a sentir miedo, pero vio que el miedo no era ya su enemigo, sino uno más de los talismanes que le unían al Poblado, a los muertos, a sus madres que esperaban la suerte del hijo arrebatado, al círculo de guerreros desolados por el veredicto Del Agua. La noche en vela no pesaba a Godámil, laxo como después de un largo baño en el río. Pensó en Brámok sin dirigir la mirada hacia las puertas del Poblado, donde el gigante de hierro aguardaba inmóvil.

Tras los ritos se dirigieron hacia la hoguera. El fuego, erguido hasta la altura de los árboles frutales, desafiaba al frío de la mañana. Los guerreros, distanciados, relajaron los miembros entumecidos. Godámil se sentó delante de los Siete de Álbek; el canto de una voz desconocida empezó a distinguirse del crepitar de la

hoguera: un humo más transparente que el aire traía la melodía enredada en las hebras del fuego, siempre distinta y siempre ella misma, habitante de todas las canciones del Poblado, perdida a veces en la lucha lejana entre el viento y el bosque, recuperada después por el río, por el aletear de los peces, invitada de nuevo al cobijo tempestuoso de la hoguera que llamaba a Godámil para hacerle uno con los otros.

Mésene salió de entre las llamas. Sus labios articulaban el canto mágico encargado ahora de vestir su desnudez redondeada por los gestos de la danza. Una hermosa pluma de águila, sostenida apenas con las puntas de los dedos, dibujaba en el aire la canción dando alas al vuelo de la voz dulcísima. Los pasos acompasados parecían acercarse a Godámil para, un instante después, retroceder sinuosos, huidizos, prometedores en su vanidosa retirada. Godámil no reparó en la tensión de su propio cuerpo, en el esfuerzo extremo de sus músculos endurecidos por el impulso coartado, en la honda respiración que abultaba su pecho reboante de fuerza deseosa de verterse hacia el calor, en los genitales exasperados como en las largas noches sobre su lecho de muchacho. La infusión de los guerreros daba otro tono a los colores, otro sonido a la música. Mésene continuó la danza cada vez más cerca, cada vez más abandonada a sus movimientos, cada vez más poderosa la melodía. Godámil luchó por no cerrar los ojos al contacto ligero de la pluma de águila que Mésene mecía sobre su rostro, que no era ya el rostro de Godámil, el muchacho, sino el del bosque, y el del río, y el del viento y el Poblado. Y Brámok fue sólo una criatura diminuta, perdida en la omnipresencia sin resquicios de Godámil.

### III

El campo de combate se improvisó frente al acantilado.

El bramido del mar que estallaba en el abismo se fundía en el zumbir del viento recorriendo los escollos; el cielo, poblado de dioses expectantes, bullía en destellos plateados.

Godámil caminó hacia el claro seguido de los guerreros, y, tras de ellos, del resto del Poblado; Brámok, acompañado por el chirrido de sus poderosos miembros, plantó sus pies de hierro frente a él y el muchacho pudo observar de cerca aquellos ojos de criatura sin deseos: vacíos, tenebrosos, fijos en una nada inmóvil, indiferentes a la caricia azul de la hierba, a la línea lejana entre el aire y el agua, al halo color de hierro y sangre del torso que los sustentaba; ojos como ciegas sombras guardianas de la abertura donde escondían su propia muerte, apenas al alcance del brazo alzado del muchacho.

El Poblado asistía silencioso en el perímetro del claro, aplicado a emitir la fuerza de toda la comunidad a

través del vínculo invisible que unía al muchacho con los suyos. Los dioses festejaban complacidos la silueta imponente de su guerrero; rojo, inmenso, brillante.

Los Siete de Álbek, árbitros de la lucha, instaron a Godámil a elegir sus armas. El muchacho del alma en tránsito oyó la pregunta como venida de muy lejos: qué hermosa Mésene, qué misteriosa atracción la de sus labios...

“Que mi espada sea la suave pluma de un águila”, contestó al fin sin apartar la mirada de la testuz horadada del guerrero escarlata.

Mésene entregó su pluma al guerrero y respiró hondo, liberada del peso que la había oprimido. Los Siete de Álbek, inmutables, dieron inicio a un combate ya ganado para los hombres: Godámil, el guerrero de la pluma, empezó a danzar entonando un cántico melodioso como la voz del río, como el rezongar del bosque visitado por el viento, como el plácido resplandor de las brasas de la hoguera; Brámok, el guerrero del algoritmo, emprendió un largo viaje por los laberintos de su memoria, lanzado en busca de un destino victorioso para sus miembros paralizados por el terror de la incertidumbre.



🍷 Nací en Barcelona el 24 de marzo de 1966. Estoy casado, tengo una hija de un año y estudios de ingeniero informático. Me inicié en la CF y la fantasía a los dieciséis o diecisiete años, leyendo a los clásicos anglosajones: Asimov, Clarke, Tolkien, etc., y también a Stanislaw Lem, que después de tantos años continúa siendo uno de mis autores favoritos.

## Historia sagrada

por David Soriano

España

1. A su manera, Inferno era un planeta muy hermoso. El arkán Gabrail se veía obligado a reconocer que la vista que se divisaba desde el risco era espléndida, aunque quizás su admiración se debiera sólo a que en su mundo, Celes, no podía encontrarse nada semejante.

En realidad, para los nativos infernitas ésta era una región extraordinariamente dura donde vivir. Una región inhóspita y desolada, donde durante jornadas enteras no era posible ver otra cosa que arena y más arena, dunas y más dunas, un ondulado manto rojizo que se extendía sin alteración alguna hasta el horizonte. Y luego, de pronto, las abrasadas arenas se interrumpían bruscamente y el desierto parecía precipitarse en el mar desde los agrestes acantilados que configuraban la costa.

Decididamente, para un nativo de Celes la panorámica era soberbia. No era de extrañar que el Sumo Celeste hubiera puesto sus ojos en este pequeño mundo perdido en el confín de la Galaxia. Ciertamente era

un lugar de lo más idóneo para llevar a cabo su proyecto más ambicioso, el proyecto al que últimamente dedicaban los celestes la mayor parte de sus esfuerzos: crear una nueva raza inteligente a partir de organismos inferiores.

Gabrail contemplaba el penoso ascenso del kerub Armilos por la escarpada ladera de tierra roja que subía desde la orilla. Armilos escalaba la pared lenta y trabajosamente, sirviéndose tan solo de pies y manos. No se había detenido ni un solo instante a descansar, hecho que satisfacía plenamente al arkán. La educación de los jóvenes celestes era deliberadamente despiadada, y así debía seguir siendo si Celes deseaba mantener su supremacía sobre las demás razas inteligentes de la

Galaxia. El periodo obligatorio de formación había sido especialmente concebido para que los jóvenes endureciesen sus cuerpos al tiempo que aprendían a controlar las pasiones, a despreciar el dolor y a borrar de su vocabulario palabras como «miedo» o «sentimientos». Con el tiempo, los mejores alcanzarían el rango de «arkán» y formarían parte del Consejo de los Arkanes, la clase gobernante de Celes. Su autoridad sería inferior tan solo a la del Sumo, lo cual era tanto como decir que su poder abarcaría la Galaxia entera y a todos los seres que en ella moraban.

Estaba por ver si el joven kerub Armilos conseguiría finalmente las alas, el nimbo y la espada flamígera, los codiciados atributos de arkán. Todavía era demasiado pronto para saberlo, pero Gabrail, como preceptor del muchacho, deseaba sinceramente que así fuera. Armilos era fuerte y valiente, su resistencia al dolor proverbial y la agudeza de su intelecto muy poco común entre los jóvenes de su edad. Tenía, utilizando una expresión infernita, «madera» de arkán. Y pese a todo...

Pese a todos sus méritos, Armilos había incurrido en una falta muy grave: había pasado por alto varias instrucciones del Programa. ¿Por qué? ¿Acaso se trataba únicamente de un descuido? Gabrail no lo creía. Armilos era demasiado brillante para cometer un error como ése, un desliz más propio de un idiota congénito que de alguien que se encontraba a punto de finalizar su educación con inmejorables calificaciones.

No, Gabrail estaba convencido de que la desobediencia del kerub había sido consciente, deliberada. Era obvio que algo se había torcido en la mente de Armilos, y Gabrail, su preceptor, debía tratar de enderezar ese algo antes de que fuese demasiado tarde.

Este era el único motivo de su presencia en Inferno.

El joven gateaba ahora por el interior de una grieta que constituía el tramo final de su escalada y que lo ocultó momentáneamente a la vista de su maestro. Un minuto después, una cabeza rubia surgió a pocos metros de donde se hallaba el arkán y los brazos esbeltos aunque firmes de Armilos auparon a su propietario hasta la cima del peñasco.

Gabrail estudió a su pupilo mientras éste se ponía en pie y sacudía el polvo que su austero uniforme negro había acumulado durante el ascenso. En realidad, su aspecto físico no tenía nada de impresionante: demasiado delgado y bajo para su edad, de apariencia frágil, con una expresión de extravío en los ojos que no invitaba a esperar demasiado de su intelecto. Probablemente su porte lánguido le habría valido el calificativo de «afeminado» de haber nacido en el seno de una raza sexuada, como los infernitas. En resumen, nada en su figura sugería la fuerza, el valor y el ingenio de los que Armilos había hecho gala en tantas ocasiones.

Las miradas de los dos celestes se encontraron. Inmediatamente, el kerub bajo la vista: las estrictas reglas del protocolo de Celes prohibían mirar directamente a los ojos de un superior.

—Todo está listo para la siguiente fase, arkán —informó jadeando aún por el reciente esfuerzo.

Gabrail asintió con un movimiento de cabeza. Armilos demostraba ser un prodigio de autocontrol. Cualquier otro kerub se habría arrojado como un perro infernita a los pies del maestro, suplicando humildemente ser perdonado por su desobediencia o por su estupidez, según el caso. Y no obstante Armilos permanecía firme, tranquilo, a pesar de que no podía haber dejado de relacionar la visita del arkán con su transgresión del Programa. Se conducía como si nada hubiera ocurrido, como si todo estuviese realmente en orden. ¿Qué se traía entre manos? Gabrail estaba resuelto a averiguarlo costase lo que costase y a castigar convenientemente —severamente incluso— la indisciplina del joven. Pero aguardaría a que Armilos se pusiese en evidencia por sí solo antes de proceder a esto último.

---

**En la actualidad consumo vorazmente cualquier clase de buena literatura. Autores irrenunciables para mí son, entre otros, Delibes, Saramago, Cortázar, Vonnegut, Lem y Ballard. Como escritor aficionado, cultivo casi exclusivamente los géneros de CF y fantasía, en los que me siento muy a gusto. Mi obra publicada se reduce de momento a "Historia Sagrada", al ultracorto "El Ornitomurio" y a un par de cuentos de informática-ficción.**

De momento actuaría como si tampoco él estuviese al corriente de lo que pasaba. Después de todo, ¿no había atravesado la Galaxia con el único y rutinario fin de evaluar los progresos de su pupilo favorito? Esa era la explicación oficial de su presencia en Inferno, explicación que —Gabrail estaba convencido— nunca lograría engañar a un kerub tan perspicaz como Armilos.

Por de pronto, el joven aseguraba que todo estaba listo para la siguiente fase y no había ninguna razón para dudar de ello. «Con toda seguridad habrá hecho un trabajo excelente», se dijo Gabrail dirigiendo la vista hacia el mar.

El golfo era un espejo infinitamente facetado que el sol cubría de diminutos copos de plata, un delgado y profundo tajo de más de cien kilómetros de longitud que las aguas del mar habían conquistado al desierto. En aquel lugar, el golfo se volvía tan angosto que la distancia entre una y otra margen no superaba los cinco kilómetros. Con todo, el estrecho así formado seguía suponiendo un obstáculo insalvable para cualquiera que no contase con una embarcación apropiada.

Desde su situación no era posible apreciar nada, pero el arkán sabía que las oscuras aguas marinas ocultaban dos ristras de generadores de campo de fuerza tendidas de una orilla a otra. Armilos había pasado los últimos días ocupado en su instalación; el hecho de que no se advirtiesen señales de su labor en la orilla o en los alrededores era una prueba más de su destreza para los trabajos que requerían precisión. Los robots y las otras herramientas de las que se había servido se hallaban depositadas en una hondonada cercana, un emplazamiento seguro por encontrarse totalmente a cubierto de las miradas de los nativos. Era el mismo lugar que había escogido Gabrail para posar su nave.

—¿Y bien, Armilos? —preguntó el arkán en tono amable.

—Debo prepararme inmediatamente, arkán. —El kerub extendió un brazo y señaló un punto en la orilla opuesta—. El infernita llamado Moisés no tardará en solicitar un contacto.

Los ojos de Gabrail siguieron la línea imaginaria que trazaba el dedo de su discípulo. A lo lejos, en la otra margen, alcanzó a ver tenues columnas de humo abriéndose paso con dificultad en el denso aire del desierto.

## II

El fuego era bueno. El fuego purificaba, convertía la carne de los animales en ceniza que se elevaba hacia el cielo para satisfacción de Yavé, el Todopoderoso. Sentado delante de su tienda, Moisés contemplaba el humo que vomitaban las hogueras mientras oía el chasquido de las ramas al quebrarse. Los pocos arborescitos que los israelitas habían podido reunir en el desierto ardían con dificultad por la sencilla razón de que estaban todavía demasiado tiernos. Al quemarse

liberaban una gran cantidad de humo lechoso que se mezclaba con las negras y espesas emanaciones de los animales inmolados. El acre olor a carne, pelo y huesos quemados impregnaba el ambiente, despertando ora la náusea en el estómago del anciano ora, paradójicamente, su apetito.

Yavé era un dios exigente. No se conformaba con cualquier cosa. Moisés se veía forzado a estar siempre vigilante, porque algunos israelitas —la impiedad de los cuales, desgraciadamente, no conocía límites— aprovechaban las piras para deshacerse de los animales viejos o enfermos. Era éste un pecado gravísimo que solía acarrear grandes desgracias a toda la comunidad y que exigía largos y complicados rituales de purificación destinados a aplacar las iras divinas.

Y es que Yavé resultaba ser también un dios terrible, más aún que Amón-Ra, que Baal e incluso que Marduk, el formidable dios guerrero. No había en el Cielo otra deidad tan justa e implacable como Él, ninguna que se le pudiese comparar en grandeza, santidad y capacidad de obrar prodigios.

Sí —pensaba Moisés—, ciertamente era una suerte contar con Yavé como protector.

El viejo patriarca advirtió, con preocupación, que un grupo de hombres se dirigía hacia él. Traían cara de pocos amigos.

—¡Séfora! —llamó. Una anciana que se encontraba en el interior de la tienda se asomó al punto—. Ve a buscar a nuestros hijos. Y a Aarón también. ¡Vamos, deprisa!

Recogiendo las faldas de su túnica Séfora emprendió un vacilante trotecillo, lo máximo que su edad le permitía. Moisés la vio alejarse y luego trató de conferir a su figura dignidad suficiente para hacer frente al comité. Porque de eso se trataba: de un comité. Su rostro se contrajo en un rictus de disgusto; a veces no podía evitar pensar que contaba con más enemigos entre los hijos de Israel, sus propios compatriotas, que entre los súbditos del faraón Ramsés.

Baruc capitaneaba el grupo, ¿cómo podía ser de otro modo? Primogénito de una familia aristocrática —alguien de quien no podía librarse fácilmente—, Baruc no había dejado de causar problemas desde que Dios otorgara a Moisés el mando sobre su pueblo. El patriarca le observó receloso mientras se aproximaba: un joven alto, flaco, de rostro tan anguloso que parecía tallado a cuchillo. Lo más llamativo de su fisonomía eran los ojos, semejantes a los de un jerbo, dos pequeñas negras cuentas de cristal. En ellos había una luz de obstinación fanática, el anuncio de que su propietario estaba dispuesto a morir —o a matar— antes que renunciar a algo que deseaba.

Baruc deseaba el mando, para desdicha de Moisés.

Era innegable que Baruc poseía una personalidad carismática y que contaba con muchos adeptos, sobre todo entre los jóvenes, quienes sentían mucho menos



apego por la tradición que sus mayores. En el grupo que Moisés tenía ante sí no había menos de veinte hombres, y la edad de ninguno de ellos superaba la treintena. El anciano se acomodó en su asiento, dedicando a todos una mirada desafiante. Por último se encaró con Baruc.

—¿En qué puedo ayudarte, hijo? —El tono empleado por Moisés contradecía lo amistoso que pudiera haber en sus palabras.

—¡Moisés! Llevamos dos días acampados aquí, junto al mar —respondió Baruc clavando sus duros ojos en los del patriarca—. Hemos venido a que nos expliques qué piensas hacer.

El anciano comprendió de qué se trataba: un ultimátum. Baruc, y todos los que como él cuestionaban el gobierno de Moisés, habían aceptado a regañadientes su decisión de abandonar Egipto para trasladarse a Canaán, la tierra prometida. Habían llegado a considerar Egipto como su verdadera patria; algunos, incluso, habían cometido la infamia de mezclarse con la población nativa. Argüían que, si bien se veían obligados a trabajar duro para pagar el tributo exigido por el faraón y sus sacerdotes, su vida no era peor que la del resto de la población egipcia. La mayoría dudaba de que Moisés pudiera proporcionarles una existencia más abundante y exenta de sobresaltos que la que habían llevado hasta el momento de la partida.

Moisés no podía permitirse flaquear ahora; debía encontrar un modo de atravesar el mar Rojo y debía encontrarlo pronto. Si fracasaba, Baruc tendría una magnífica oportunidad de hacerse con el mando y conducir a los israelitas de regreso al Nilo. Pero, ¿qué podía hacer? —se preguntaba Moisés. ¡Sus compatriotas eran varios miles y no disponían ni de un mísero bote con que atravesar el estrecho! Por otra parte, el anciano patriarca se resistía a consultar a Yavé, considerando que ya Le había importunado demasiado en los últimos tiempos.

Oyó a sus espaldas el roce de unos pies en la arena. Un instante después, su hermano Aarón y sus hijos Guersom y Eliecer estaban a su lado. No habían venido solos, les acompañaba un pequeño grupo de leales. Este hecho le tranquilizó, devolviéndole parte de la confianza en sí mismo y dándole fuerzas para enfrentarse a su joven contrincante.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo en tono burlón—. Baruc ha venido a ofrecernos la mejor solución a nuestro problema. Quizá nos proponga que sacrifiquemos un becerro a Belcebú para que éste nos haga crecer alas de ganso en la espalda. ¡Así podríamos atravesar volando el estrecho! ¿Es ésa tu idea, Baruc?

El murmullo que se alzó entre los congregados, además de hacer caer a Moisés en la cuenta de que todo el campamento estaba pendiente de la disputa, le hizo preguntarse si tal vez no se había excedido en su

provocación. Su desprecio por los dioses extranjeros, que él consideraba enemigos de Yavé, era bien conocido por todos, aunque no por eso dejaba de escandalizar a muchos de sus compatriotas. «¿Llegará el día en que Israel se postre como un solo hombre ante el Todopoderoso?» —solía lamentarse para sí.

La predilección de Baruc por Belcebú, dios de Aarón, era de sobras conocida. Con el semblante encendido de rabia, el joven gritó:

—¿Lo habéis oído? ¿Habéis oído todos sus palabras? ¡Moisés blasfema contra nuestros dioses!

—¿Tú me llamas blasfemo, Baruc? —repuso el patriarca sin alterarse—. ¡Yo te digo que no hay mayor blasfemia que adorar a Belcebú, a Moloc o a cualquiera de esos otros falsos dioses salidos del mismísimo Sheol! Y, por cierto —añadió con expresión severa—, ¿desde cuándo te crees con derecho a hablarme en ese tono? ¿Acaso no te inculcaron tus padres el respeto a los ancianos?

—¡A los ancianos sí! ¡Pero no a los viejos locos que oyen la voz de Yavé dentro de sus cabezas y que conducen a su pueblo a una muerte segura!

—¡Maldito hijo de la Gehenna! —estalló Moisés poniéndose en pie de un salto—. ¡Te voy a...!

—¡Moisés, mira!

Al tiempo que decía estas palabras, Aarón detuvo el brazo de su hermano: cegado por la ira, Moisés se disponía ya a descargar su cayado sobre el insolente joven. El patriarca volvió sus ojos llameantes de furia hacia donde apuntaba el brazo extendido de Aarón. Su enojo se trocó primero en sorpresa y luego en inquietud. Todos se volvieron a mirar adonde el viejo sacerdote señalaba. La muchedumbre quedó de pronto silenciosa. Por espacio de unos segundos no se oyó más que el llanto de un niño y los lejanos graznidos de las aves marinas, pero pronto estos sonidos fueron apagados por el ruido de los cascos de un caballo. El animal, fustigado con saña por su jinete, galopaba a toda velocidad en dirección al campamento.

Tras arrojarle literalmente de la montura, el hombre corrió como un poseso hacia la tienda de Moisés. Tropezó, sus manos se hundieron varias veces en el arenoso suelo, pero eso no detuvo su enloquecida carrera. Algunos se hicieron a un lado para no interponerse en su camino. La multitud guardaba silencio, la alarma reflejándose en todos sus rostros.

—¡Moisés! —gritaba el recién llegado—. ¡Moisés!

Cuando llegó frente al patriarca cayó de rodillas, exhausto, incapaz de articular palabra. Se trataba de Enacim, el centinela que los israelitas habían dejado en el desierto el día anterior, apostado en las cercanías de la última aldea que habían atravesado en su viaje hacia el mar.

—Habla, Enacim. ¿Qué ocurre? —urgió el anciano.

—Los soldados... —informó Enacim con voz

entrecortada—. Vienen hacia aquí. Antes de que el sol se ponga...

Los israelitas escudriñaron con espanto el horizonte, no tardando en descubrir aquello a lo que Enacim se refería. Era claramente visible, a pesar de que la distancia era todavía muy grande y de que el calor enturbiaba el aire. En otras circunstancias bien podría haber sido tomada por una lejana tormenta de arena; en las actuales, los israelitas sabían que se trataba de algo muy distinto: sólo el avance de un numeroso ejército podía levantar aquella tremenda polvareda.

Algunas mujeres no pudieron contener el llanto. Los hombres se miraron unos a otros, presa del pánico. Cuando Moisés se volvió de nuevo hacia Baruc, en el semblante de éste no quedaba ya rastro de su anterior determinación.

—¿No te decíamos, Moisés, estando aún en Egipto: «déjanos que sirvamos a los egipcios»? —dijo con voz temblorosa—. ¿Por ventura no era mejor servirles a ellos que morir en el desierto? —Aunque Baruc hacía esfuerzos por conservar su aplomo, la palidez de su rostro delataba el terror que sentía. Parecía un niño a punto de echarse a llorar.

Baruc era un cobarde —pensó el anciano. ¿Acaso no lo era quien pudiendo gozar de una existencia libre se conformaba con ser esclavo? A pesar de que normalmente el joven le inspiraba una mezcla de desprecio y odio, ahora el patriarca no pudo evitar sentir lástima por él.

Se volvió hacia sus compatriotas y no le sorprendió descubrir que todos estaban pendientes de sus palabras, incluidos los partidarios de Baruc. Todos aguardaban sus instrucciones, esperando que Moisés les sacase del atolladero, como en tantas otras ocasiones había ocurrido. Fue consciente de que, una vez más, el destino de los hijos de Israel se hallaba en sus manos.

Mejor dicho: en manos de Yavé.

\* \* \*

—¡Oh, Señor, Creador del Cielo y de la Tierra! ¿Tan grande ha sido nuestra falta, tan terrible nuestro pecado que no debemos esperar ya Tu misericordia? ¿Es Tu voluntad que muramos como perros a manos de nuestros enemigos y que el sol del desierto blanquee nuestros indignos huesos por toda la eternidad?

«¿Por qué llamas a Mí, Moisés? —La divina voz retumbaba como un trueno en el interior de su cráneo. Las conversaciones con Yavé solían dejar al patriarca aturdido y mareado, como cuando las fiebres le atacaban—. ¡Hablas de muerte y de enemigos! ¿No he sacado Yo a mi pueblo de Egipto liberándolo del yugo opresor del faraón? ¿No he prometido conducirle sano y salvo a Canaán, donde los hijos de Israel morarán libremente y multiplicarán su número para mayor gloria Mía? ¿Acaso has perdido la fe en tu Dios, Moisés?»

Tras despojarse de sus sandalias, el anciano se había tendido boca abajo, con los brazos abiertos y el rostro vuelto hacia un lado. Esto ocasionaba que los granos de arena, recalentados por el sol, se le clavasen dolorosamente en la mejilla. La llama milagrosa bailoteaba muy próxima a su cara; tanto, que cuando el viento soplaba hacia él el humo le sofocaba, dificultándole la respiración. Como en las anteriores ocasiones, la zarza ardía y ardía sin llegar a consumirse nunca. Este prodigio tenía la virtud de despertar en Moisés un hondo terror, un pánico animal que lo hacía estremecerse convulsivamente, erizándole el vello de todo el cuerpo. Cada vez que se encontraba con Dios en el desierto, tenía que hacer denodados esfuerzos para no levantarse y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

—¡Oh, Todopoderoso! —se obligó a clamar de nuevo—. Puedes leer en mi mente, por lo que no necesito decirte hasta qué punto este despreciable hijo Tuyo confía en Tu divina providencia. Pero los soldados egipcios se acercan y el pueblo teme por su vida...

«¿Los egipcios? —tronó sorprendido Yavé—. ¿Los egipcios dices?»

La divina Voz enmudeció de pronto, dejando al anciano estupefacto. ¿Por ventura Yavé no sabía que las huestes de Ramsés iban en pos de los israelitas, que estaban a punto de darles alcance? ¿Pero no era Dios omnisciente? Una idea impía se introdujo a hurtadillas en la mente de Moisés: quizá había acontecimientos que escapaban a Su control...

El trueno resonó de nuevo en su cráneo, cortando el hilo de sus pensamientos. A continuación, mientras atendía a las instrucciones del Altísimo acerca de cómo atravesar el mar Rojo, Moisés se alegró de comprobar que Yavé volvía a ser el Mismo de siempre.

De nuevo sonaba rotundo, terrible, como correspondía a la omnipotente y omnisciente deidad que supuestamente era.

### III

El visor mostraba a un infernita tosco, greñudo, cubierto de harapos. Se hallaba tendido en el suelo, con los brazos abiertos y el rostro hundido en el polvo. Parecía muerto de miedo. Armilos se dirigía a él a través del pequeño micrófono que había en la parte inferior de la pantalla, el cual estaba conectado por radio con el estimulador volitivo que el infernita llevaba implantado en el cerebro. El kerub hablaba lentamente, desgranando las palabras y envolviéndolas en un aura de solemnidad. Su pretensión era que sonasen como las palabras de un verdadero ser supremo, como si el mismo Sumo las pronunciase.

Gabrail observó como la pantalla se oscurecía por fin. Acto seguido, el kerub pulsó un botón y la redujo a un delgado cilindro vítreo que colgó de su cintura. El

arkán no había perdido ni un momento de vista al joven; concluyó que su autocontrol seguía funcionando a la perfección. Armilos sólo había mostrado una cierta perplejidad cuando el infernita llamado Moisés había mencionado a la otra tribu indígena: los egipcios. Un desliz por demás comprensible y lógico: el acoso del faraón a los israelitas dependía de la ejecución de una instrucción del Programa, precisamente una de las que Armilos había evitado ejecutar. No era de extrañar que las palabras de Moisés le hubiesen sorprendido.

Pero el kerub se había rehecho enseguida. Después de dirigir un rápido vistazo al horizonte, donde empezaba a destacarse la nube rojiza que levantaban los caballos egipcios, y mientras recitaba las instrucciones que debía cumplir Moisés, su semblante había vuelto a adoptar el hermetismo de siempre. Pese a ello, el arkán sabía que tras esa máscara el brillante cerebro de su discípulo seguía trabajando al ritmo habitual. Debía haber adivinado ya que había sido él, Gabrail, quien había propiciado que el soberano egipcio hostigase a los israelitas y subsanado de esa forma su transgresión del Programa.

Al margen de lo que pasara en su mente, Armilos seguía comportándose como si nada ocurriese. Dirigió la vista hacia la otra orilla y activó la capacidad telescópica de sus ojos, lo que le permitió escudriñar en la distancia en espera de lo que estaba a punto de suceder allí. Gabrail le imitó.

Al otro lado del golfo, el litoral formaba una serie de elevaciones que por alguna razón eran mucho menos escarpadas que la que Gabrail y Armilos tenían bajo los pies. La hirsuta figura de Moisés no tardó en materializarse sobre una de ellas. Las micro-lentes implantadas en los glóbulos oculares de ambos celestes aproximaban las imágenes hasta situarlas casi al alcance de la mano, de modo que el arkán pudo estudiar al infernita con todo detenimiento.

Se trataba de un espécimen bajo, entrado en carnes. Lucía una enmarañada barba gris que le caía hasta la cintura, lo que lo identificaba como macho. Aunque su aspecto era bastante saludable, las incontables arrugas de su rostro, el mal estado de su dentadura y el hecho de que no conservaba un solo pelo sobre la cabeza revelaban que se encontraba en la última fase de su vida —los infernitas eran una raza efímera; solían morir antes de que Inferno completase cincuenta revoluciones en torno a su estrella. Moisés apretaba los ojos, cegado por el sol, y tenía la oscura y surcada frente brillante de sudor. A pesar de la sofocante temperatura, el infernita no se contentaba con vestir sólo su túnica: había completado su atuendo con una manta confeccionada con el pelo de algún animal autóctono.

Mientras le observaban, Moisés levantó el brazo y extendió su cayado sobre el mar, tal como le había

ordenado Armilos. Como respuesta, el kerub llevó la mano derecha a su cinturón y activó el control remoto que colgaba de éste a la altura de la cadera. El arkán no pudo presenciar esta operación puesto que sus ojos estaban ajustados aún para visión a larga distancia. No le hizo falta, lo que sucedió a continuación le convenció de que su discípulo cumplía ahora el Programa al pie de la letra.

Primero se oyó un zumbido, no demasiado estridente pero que se las arreglaba para penetrar hasta lo más hondo del cerebro. El zumbido creció hasta hacerse casi doloroso y entonces, de repente, un trueno ensordecedor retumbó allí abajo. Fue como si la tierra se partiese en dos. El estruendo aumentó y disminuyó varias veces de intensidad antes de extinguirse; todavía no había cesado del todo cuando las aguas del golfo empezaron a agitarse con violencia, cubriéndose en un instante de remolinos y espuma.

Al mismo tiempo, una fantasmagórica y destellante nube azul flotó sobre el estrecho. La nube era producto de la radiación del campo de fuerza que empezaba a formarse en el lecho marino, como tal, un efecto conocido y esperado por los celestes. En la orilla contraria, el infernita, cuyo espíritu era demasiado primitivo para asimilar este nuevo prodigio, había caído sobre sus rodillas y gritaba el nombre de Yavé con ojos desorbitados por el terror.

El espejo inmutable que había sido el golfo se había transformado, en pocos segundos, en un campo de batalla donde infinidad de colosos líquidos luchaban a muerte unos con otros. El fragor de grandes masas de agua en movimiento apagaba cualquier otro ruido. De pronto el mar se abrió, como si de su seno surgiese una monstruosa serpiente, una serpiente invisible cuyo cuerpo, desde el morro hasta la punta de la cola, abarcaba las dos orillas. El tamaño de las olas que recorrían la superficie del golfo delataba su origen artificial: ningún proceso natural habría podido alterar de ese modo un pedazo de mar tan pequeño.

Una aterrorizada, aleteante nube de aves oscurecía el cielo. Abajo, las aguas se iban serenando paulatinamente. El campo de fuerza configuraba una enorme bóveda invisible que unía las dos márgenes, un pasillo de lecho marino seco, flanqueado por altísimos muros líquidos que se curvaban en la parte superior, como queriendo tocarse. Gabrail no pudo evitar sentir orgullo ante aquella magnífica obra de ingeniería planetaria, máxime teniendo en cuenta que su discípulo la había llevado a cabo en solitario. En la otra orilla, los israelitas, superado el primer momento de asombro y pánico, y acuciados por la cada vez más cercana amenaza egipcia, se apresuraban a verse ya de la insólita escapatoria que Yavé les ofrecía.

Era el momento. Gabrail lo supo cuando el kerub se volvió hacia él y bajó los ojos en actitud de quien desea dirigirse a un superior —conforme al protocolo

celeste, no debía hablar hasta que el arkán se lo permitiese expresamente.

—¿Deseas decirme algo, Armilos? —preguntó Gabrail en tono neutro.

—Sí, maestro —contestó el kerub sin un titubeo—. Como ya debéis saber, he alterado el Programa.

El arkán asintió con la cabeza. Ante la franqueza del joven no tenía sentido seguir disimulando. Había llegado el momento de poner en claro todo el asunto.

—Sé que te has tomado esa libertad —dijo—. ¿Acaso creíste poder ocultarlo? Hasta el menor movimiento de un kerub tarda muy poco en ser conocido en Celes. —Hizo una pausa y añadió—: Pero no es el momento de hablar de eso. Las instrucciones del Programa equivalen en dignidad a órdenes del Sumo, es decir, no deben ser desobedecidas bajo ningún concepto. No sé si eres consciente de la gravedad de tu falta, hijo mío.

—Soy plenamente consciente, maestro. Y jamás dudé de que tarde o temprano os acabaríais enterando. —El tono de Armilos era humilde y resuelto al mismo tiempo—. No puedo decir nada en mi descargo. El motivo de que actuase como actué se halla únicamente en mi cabeza, que anda últimamente muy confusa.

»Maestro —continuó el kerub—, ciertas dudas me atormentan día y noche. Os suplico que escuchéis mis razones y que a continuación me iluminéis con vuestra sabiduría. Luego aplicadme el castigo que consideréis más conveniente, sin escatimar en severidad. ¿Me creeréis si os digo que mi único anhelo es expiar cuanto antes mi falta? Sólo deseo hacerme acreedor a vuestro perdón.

El arkán estudió atentamente el rostro de Armilos: el joven seguía manteniendo la misma actitud respetuosa. Pero no se había humillado ni suplicado clemencia, no había tratado de rehuir el correctivo que sin duda habría de imponérsele. Todo esto aumentó la simpatías de Gabrail por él. Pero también introdujo en su ánimo un punto de preocupación: quizás el problema era más profundo de lo que había creído al principio.

Ciertamente, el joven acababa de dirigirle una petición que él, en calidad de maestro, no podía ni debía eludir. En realidad, atendería el ruego con sumo gusto. Sería un placer restituir un espíritu descarriado a la senda correcta, más tratándose de un espíritu tan valioso como el de su pupilo.

—Te escucharé, Armilos —convino el arkán—. Y prometo aconsejarte lo mejor que pueda. Pero antes quiero que oigas las acusaciones que se formulan contra ti. Tu falta es doble, pues dos han sido las instrucciones del Programa que has obviado. La primera —dijo— es la que se refiere a la última plaga. El Programa es claro a este respecto: después de arrojar sobre Egipto la plaga décima, correspondiente al exterminio de los primogénitos, Yavé debía endurecer el corazón de Ramsés para que éste denegase una vez más el

permiso de salida a Moisés y a su pueblo. De ese modo quedaría justificado un azote adicional: la muerte de todas las vírgenes egipcias. Pero —reprendió Gabrail— tú «olvidaste» endurecer el corazón del faraón, quien permitió a los israelitas marcharse de su territorio antes de tiempo. Y esto, a su vez, convirtió la plaga prevista en algo superfluo, innecesario.

»En segundo lugar, el Programa ordenaba que se estimulase al faraón para salir en persecución de los israelitas una vez éstos se hubieran puesto en camino. ¿Me equivoco al suponer que, desobedeciendo esta orden, pretendías evitar la muerte de los soldados egipcios en el mar Rojo, tal como dispone la siguiente instrucción?

»Cuando aterricé en Inferno —continuó Gabrail sin esperar la respuesta del kerub— los hebreos ya habían partido, conque no tenía sentido lanzar la undécima plaga sobre Egipto. Esa es la razón de que las vírgenes egipcias sigan vivas. Sencillamente, no llegué a tiempo de arreglar esa parte del disparate, de *tu* disparate. Por suerte, como supongo ya habrás adivinado, todavía pude estimular la voluntad de Ramsés para que enviase sus huestes en pos de los israelitas. —Tras una pausa, el arkán concluyó—: Bien, Armilos. ¿Hay algo en mi exposición que no suscribas? ¿O asumes plenamente tu culpa?

—Me declaro culpable de todo, arkán.

—Ahora, hijo mío, dispones de una oportunidad para explicarte. Tu intento de evitar la muerte de las vírgenes y los soldados me parece incomprensible. ¿Qué dudas son ésas que te han empujado a obrar así?

—No soy digno de la paciencia que derrocháis conmigo, maestro —dijo Armilos—. Voy a intentar explicaros las razones de mi comportamiento, aunque ya os adelanto que no resultará nada fácil.

El kerub reflexionó un momento antes de continuar:

—Todo se desarrolló francamente bien al principio. Implanté los estimuladores volitivos en los cerebros de Ramsés y Moisés y comprobé que funcionaban perfectamente. En realidad, la tecnología nunca fue el problema, vos mismo habéis comprobado lo que soy capaz de hacer con ella. —Mientras decía esto, Armilos señalaba el corredor que los generadores de campo de fuerza mantenían abierto en el mar. Miles de infernitas, con Moisés a la cabeza, caminaban —corrían— ahora por el pasillo. Sus gritos y aleluyas eran claramente audibles desde donde se encontraban los celestes—. No, las dificultades empezaron después, cuando de repente me encontré pensando que algunas instrucciones del Programa estaban equivocadas.

Gabrail enarcó las cejas, profundamente escandalizado. ¡Un miserable kerub se atrevía a enmendar al Sumo Celeste, el soberano de la Galaxia! Luego su semblante se relajó, adoptando una aire más comprensivo. Había prometido escuchar las razones de



Armilos antes de dictaminar sobre el caso. Eso es exactamente lo que haría.

—Continúa.

—Ya os advertí que no iba a ser fácil explicarlo... ¡Ni yo mismo lo entiendo! —dijo el kerub, a quien no había pasado desapercibido el disgusto de su maestro—. Como ya sabéis, el Programa disponía que Moisés había de suplicar al faraón que dejase libres a los israelitas. Eso debía ocurrir once veces, y en todas esas ocasiones yo debía estimular la voluntad de Ramsés, «endurecer su corazón» para que desoyera la petición de Moisés. A continuación, debía castigar a Egipto con la plaga prevista para cada caso.

»Eso fue justamente lo que hice: haciéndome pasar por Yavé, di las instrucciones pertinentes a Moisés. El faraón siempre se mostraba inclinado a conceder al israelita lo que pedía, pero entonces mi intervención le obligaba a decidir lo contrario. A continuación lanzaba el azote correspondiente, empezando por la conversión del agua del Nilo en sangre, luego la invasión de ranas, en tercer lugar la plaga de mosquitos... Y así sucesivamente, siempre según rezaba el Programa.

»Fue entonces cuando ocurrió, maestro. Me hallaba contemplando la desolación que sembraban las plagas en todo el territorio egipcio, los infernitas muertos o consumidos por el dolor, el sufrimiento que se extendía como una mancha mortífera a ambos lados del Nilo... Estaba contemplando todo eso, cuando sentí de pronto un inexplicable malestar. Al principio no comprendí cuál era el origen de ese sentimiento tan extraño. No lo supe hasta más tarde, cuando lancé la décima plaga causando la muerte de todos los primogénitos de Egipto. Entonces, esa incomprensible desazón de la que os he hablado, la cual hasta ese momento no había pasado de ser una sensación, se coló inesperadamente en mi cerebro. Allí tomó la forma de una pregunta: «¿Por qué?»

—«¿Por qué?» —repitió el arkán desconcertado.

—¡En efecto, arkán! —casi gritó Armilos—. ¿Por qué? ¿Por qué ese reguero de calamidades, de dolor y destrucción? ¿Qué función cumple en el Programa? ¿A qué fines obedece? Por más que pensé y reflexioné no logré dar con la sola razón que pudiese justificarlo. ¡Así llegué a la conclusión de que el Programa estaba... tenía que estar necesariamente equivocado!

Una sombra de irritación volvió a oscurecer el semblante de Gabrail. No obstante se mantuvo callado, permitiendo a Armilos continuar:

—Al comprender su inutilidad, el sufrimiento y la muerte de los infernitas se me hicieron insoportables. ¿Podéis entenderlo, arkán? —Las palabras se agolpaban en la boca del kerub, sus ojos resplandecían de excitación febril—. Lo siguiente que hice fue preguntarme qué pasaría si yo trataba de evitar todo ese padecimiento. Se me ocurrió que podía seguir ejecutando el Programa, pero alterando las instrucciones que

implicaban que los infernitas sufriesen o fueran aniquilados. Y eso —concluyó— fue precisamente lo que hice: las vírgenes egipcias no murieron como estaba previsto. Y, si vos no hubieseis intervenido, el faraón jamás habría enviado sus huestes tras los israelitas.

El kerub enmudeció. Había enrojecido y jadeaba ligeramente, como si acabase de realizar un gran esfuerzo. Y parecía feliz, feliz en su rebeldía —pensó Gabrail.

—Armilos —dijo el arkán esforzándose en conservar la calma—, prometí escucharte y es lo que he hecho. Ahora voy a tratar de ayudarte con mis consejos. —Mirando fijamente al joven, continuó—: Por alguna razón que no alcanzo a comprender, has desarrollado un enfermizo vínculo emotivo con los habitantes de este planeta. Un vínculo de tal intensidad que te ha llevado a cometer la más grave de las faltas, la desobediencia a las sagradas disposiciones del Sumo. Espero que entiendas que ese sentimiento sólo puede darse en un espíritu perturbado. Tal vez sea el largo tiempo que has pasado en Inferno, sin compañía, lo que ha acabado por envenenar tus pensamientos.

»Con todo, no creo que el mal sea irreparable —siguió diciendo—. Sólo debes recordar algo que parece haber olvidado: que los infernitas no son más que un experimento del Sumo, el primer intento de crear una raza inteligente a partir de organismos inferiores y dirigir artificialmente su evolución. No son celestes, son meras criaturas, ¿entiendes? No debe importarte en absoluto su destino, su felicidad o su sufrimiento. ¿Cómo tus sentimientos hacia unas simples criaturas han podido llevarte a desobedecer al Sumo...?

—Maestro, ¿creéis que no he pensado en ello? —interrumpió Armilos sin poderse contener—. Ya sé que son criaturas, *nuestras criaturas*. Sé que los hemos creado racionales, y no obstante esclavos de instintos animales que los obligan a luchar entre ellos hasta matarse. Sé que los hemos hecho a nuestra imagen y semejanza, pero añadiendo a su cuerpo órganos capaces de proporcionarles los placeres más sublimes y enseñándoles luego a avergonzarse de tales órganos, a odiarse a sí mismos por poseerlos. ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso tenemos derecho a martirizarlos de ese modo, sólo porque son nuestras creaciones? ¿Por qué en el Programa abundan mucho más las instrucciones que causan dolor que las que causan placer? ¿Por qué, arkán? —El tono del kerub se había convertido casi en una súplica—: ¡Por qué!

—No puedo responder a eso, Armilos —repuso Gabrail—. Los caminos del Sumo son inescrutables incluso para mí, incluso para los arkanes del Consejo. Pero no debes nunca poner en tela de juicio el Programa, sino confiar en la sabiduría que contiene. No debes pensar por ti mismo, sino dejar que otros más sabios piensen por ti. Debes... dejarte guiar. Debes... ¡Fe, ésa es la palabra! ¡Debes tener fe!



—¿Inescrutables? ¿No querréis decir más bien «caprichosos»? ¿Y cómo podéis pedirme que tenga fe? ¿No hemos sido desde siempre los celestes una raza científica? ¿No...?

—¡Basta, *kerub* insolente! —chilló el arkán, recordando a Armilos su escaso rango—. ¿Acaso has olvidado el protocolo? ¿O es que pretendes añadir nuevas faltas a las ya cometidas?

El joven balbució una excusa y volvió a bajar la mirada, aunque resultaba obvio que no lo hacía de buena gana. Gabrail le observó con rostro severo. Había antecedentes. Desgraciadamente, el mal que le aquejaba era tan viejo como la Galaxia, tan antiguo como el Tiempo, como el propio Sumo. Por eso mismo sabía que ningún razonamiento conseguiría convencer a su pupilo. La única solución, si es que había alguna, consistía en someter a Armilos, en obligarle a obedecer haciendo pesar sobre él toda su autoridad.

—Armilos —dijo de pronto—, ¿deseas aún ser perdonado? ¿Quieres todavía acabar con éxito tu formación y convertirte en arkán?

—No hay nada que desee con mayor fervor, maestro —respondió el *kerub*.

—Tal vez todavía estés a tiempo de conseguir las alas, la espada y el nimbo —al decir esto, el que Gabrail llevaba sobre la cabeza destelló como si estuviera hecho de rayos de sol—. Sólo tienes que hacer una cosa. ¿No imaginas qué? ¡Ejecutar la siguiente instrucción del Programa! —Apuntó un brazo a la otra orilla y, con voz autoritaria, añadió—: ¡Yo te ordeno que lo hagas, *kerub*!

Armilos pareció despertar de un sueño. Clavó un instante sus ojos en los de su maestro y luego, como un autómata, se aproximó al borde del risco. Gabrail se acercó también, pero deteniéndose unos pasos por detrás del joven. Allí abajo todo había cambiado; ya no quedaba ningún israelita en el corredor invisible; incluso los rezagados habían llegado a la costa y se apresuraban a escalarla por su parte más fácil, a unos doscientos metros de donde se encontraban los celestes. En la otra orilla, lo que antes era una nube de polvo se había disgregado en infinidad de diminutas figuras infernitas, algunas a caballo y otras subidas en carros tirados por dos o más animales. El sol, todavía muy alto en el cielo, arrancaba llamaradas a los cascos y armaduras con que se cubrían los soldados de aquel soberbio ejército. Gabrail notó que el avance de los soldados originaba mucho menos estruendo del que era previsible; la ingente masa de agua contenida en el golfo actuaba como amortiguador del ruido, reduciéndolo a un sordo retumbar de tambores lejanos.

El *kerub* permanecía inmóvil, como hipnotizado por el rápido acercamiento de las huestes de Ramsés. Los egipcios se detuvieron al llegar a la costa, momentáneamente confundidos por el extraordinario espectáculo que representaba un pasillo abierto en el mar

Rojo. No tardaron mucho en reaccionar. Los generales dieron la orden de avance, resonaron las trompetas y el ejército se puso nuevamente en marcha, formando una estrecha columna que empezó a descender por el terraplén. Muy pronto se hallarían a la entrada del corredor.

El movimiento de la mano de Armilos en dirección a su cadera fue rapidísimo, pero aún lo fue más la reacción del arkán. Extendiendo las alas en toda su longitud, Gabrail golpeó con una de ellas a su discípulo antes de que éste pudiera llevar a cabo su objetivo: desactivar el campo de fuerza y de ese modo cerrar el paso a los egipcios. El *kerub* cayó al suelo y se cubrió el rostro con las manos. La punta del ala le había alcanzado en la sien izquierda, abriéndole una brecha de la que empezaba a manar abundante sangre.

Sin perder ni un instante, Gabrail se arrojó sobre Armilos y se apoderó de su cinturón, arrancándoselo de un tirón violento. «¡Maldito seas!» —masculló mientras se encaminaba al borde del peñasco. Odiaba tener que recurrir a la fuerza bruta, era algo que no se correspondía en absoluto con la dignidad de un arkán. Miró hacia abajo, comprobando satisfecho que la vanguardia del ejército había penetrado ya en el corredor. Tal como ordenaba la siguiente instrucción, esperaría a que todos los soldados egipcios se encontrasen en él. Entonces, sólo entonces, procedería a unir de nuevo las aguas.

Un ruido a sus espaldas le hizo caer en la cuenta de su descuido: no había previsto la posibilidad de un ataque. Sencillamente, no había pensado que la mente de su discípulo pudiera estar tan perturbada como para eso.

\*\*\*

Gabrail contempló su obra con gravedad. El sol se había puesto y ahora era la luna la que tejía hilos de plata sobre las aguas, tan mansas que nadie habría sido capaz de imaginar la terrible transformación que habían sufrido pocas horas antes. Tan solo algunos detalles, difíciles de advertir en la oscuridad, daban fe de los acontecimientos de ese día: el cadáver hinchado de un caballo mecido por las olas, o el furtivo destello de la luna en una armadura que las corrientes marinas habían empujado hasta la orilla. Por la mañana sería diferente —se dijo el arkán. Los cuerpos de los infernitas ahogados se amontonarían en las márgenes, por doquier habría restos de carros egipcios destrozados por la furia del mar. Quienquiera que pasase por allí podría hacerse una idea de la insólita y descomunal matanza que había tenido lugar en el estrecho.

Gabrail se dio cuenta de que su mano todavía empuñaba la espada flamígera. Desactivó la hoja de plasma incandescente y se colgó la empuñadura al cinto. Luego se dirigió hacia el lugar donde yacía ensangrentado el cuerpo de Armilos.

Lo estudió con detenimiento a la luz que despedía su nimbo. A pesar de que el ataque le había cogido por sorpresa, no le había sido difícil reducir al kerub. La espada, metódica, despiadadamente conducida por su mano, había lacerado una y otra vez el cuerpo del joven, como ejecutando un salvaje ritual. No había respetado ni un centímetro de su piel, la cual había quedado convertida en una especie de pulpa sanguinolenta. Con todo, el arkán había tenido mucho cuidado de no infligirle heridas mortales: bajo aquel rostro horriblemente desfigurado podía percibirse aún el hálito de una débil respiración. Armilos era fuerte y tardaría mucho en perecer. O quizás incluso acabase por sanar de sus heridas y se viese obligado a pasar el resto de su vida en Inferno, algo mucho peor que la muerte. Una lenta y larga agonía, ése era el castigo reservado a los que desafiaban el poder del Sumo Celeste.

Ya no quedaba nada por hacer allí. Tras elevarse en el aire, Gabrail se dirigió, aleteando suavemente, a la hondonada donde aguardaba la nave que había de devolverle a su mundo. Mientras tanto, pensaba en el informe que debería transmitir al Sumo y al Consejo de Arkanes, un informe compuesto exclusivamente de malas noticias.

Ya en los albores de la historia de Celes, cierto arkán, apoyado por un numeroso ejército de descontentos, se había rebelado contra la sagrada jurisdicción del Sumo. Las fuerzas leales habían conseguido finalmente aplastar la insurrección, pero sólo después de un largo periodo de encarnizadas luchas. Había sido una guerra atroz, sangrienta, que había conmovido no solamente a los celestes, sino a todos los seres que moraban en la Galaxia. Los ecos de aquella guerra, lejos de apagarse, resonaban aún claramente a lo largo y ancho de la espiral de estrellas.

Resultaba descorazonador comprobar que la semilla que había plantado aquel primer arkán rebelde —Lucifer era su nombre— seguía arraigando y germinando en las mejores mentes de Celes.

#### IV

Las estrellas brillaban sobre el campamento más tranquilizadoras y amigables que nunca. La brisa de la noche transportaba agradables olores a Moisés, entre ellos el aroma del pescado asado, el cual ya no conseguía despertar su apetito. El patriarca, que reposaba sentado frente a su tienda, se sentía completamente saciado. La separación de las aguas había cogido desprevenidos a muchos peces, que de pronto se habían encontrado en terreno seco y sin poder volver al mar. Como es de suponer, los israelitas habían hecho un gran acopio de ellos, lo que les había permitido celebrar un opíparo banquete.

Moisés tenía otras razones para sentirse satisfecho. Una era, por supuesto, la muerte de los soldados egipcios en el mar Rojo. Otra, el hecho de que el milagro

de Yavé hubiese acabado de convencer a los indecisos. Incluso el joven Baruc no parecía albergar ya deseo alguno de disputarle el mando.

Sí, era una suerte contar con Yavé como protector. Y una suerte también que le hubiera escogido a *él* para acaudillar a Su pueblo.

Mientras pensaba en estas y otras cosas, le pareció ver algo moviéndose en el cielo, una figura alada, grande y oscura, que la luna iluminaba parcialmente. No, no podía ser un pájaro; era demasiado grande y además no vivían aves nocturnas en aquella zona. El anciano se levantó para observarlo mejor y avanzó unos pasos. Notó que no estaba solo; su hermano Aarón, el sacerdote de Yavé, se hallaba junto a él.

—¿Has visto eso, Aarón? ¿Qué puede ser?

—Un ángel de Dios. Quizás el arcángel Gabriel, que Dios ha enviado para protegernos durante el viaje —contestó Aarón.

Moisés asintió en silencio. También él creía que únicamente podía tratarse de un ángel de Dios.

La figura alada disminuyó con la distancia, acabando por volverse invisible. Ambos hermanos regresaron a sus tiendas.

Nada tenían que temer, pues Yavé velaba por ellos.



# Correo

.a.c.u.s.e.

Caracas, Venezuela, 26 de mayo  
del 2000

José Luis Velarde

Reciba un cordial saludo desde  
mi país. A través de la publicación  
*La Luna Qué* (Argentina), conocí  
la dirección de la revista. Le estoy  
escribiendo para conocer el costo  
de la suscripción y si aceptan  
colaboraciones.

En próxima correspondencia, le  
haré llegar dos libros de poesía  
que me han sido publicados en  
Venezuela. De antemano le  
reitero mi saludo y amistad. En  
espera de una pronta respuesta,  
queda de Usted.

José Gregorio González  
Márquez.

*Gracias por escribirnos.  
Aceptamos colaboraciones sin  
comprometernos a publicarlas  
hasta no ser aprobadas por  
nuestro consejo de redacción.  
Una forma rápida de  
encontrarnos es mediante la  
siguiente dirección web: ahí  
puede encontrarse información  
sobre nuestro concurso  
internacional y se pueden bajar  
números de la revista en formato  
pdf. En lo que concierne a las  
suscripciones por un año al  
extranjero solicitamos envíen  
cheque bancario certificado por  
sesenta dólares a nombre de  
Guillermo Lavín Santos del  
Prado, o José Luis Velarde del*

*Ángel, para recibir doce  
ejemplares repartidos en 4  
envíos.*



Albacete, España, junio del 2000  
Señores:

En el caso de que este año  
celebren ustedes el Certamen  
Literario, ruego me envíen un  
ejemplar de las bases, motivo por  
que quedaría agradecido.

Con mi consideración  
Manuel Terrín Benavides



Madrid, España, 1 de agosto del  
2000

*A Quien Corresponda:*

Muy Sres. míos. Solicito  
información y bases del Certamen  
de Narrativa Breve, convocado  
por ustedes. Agradeciéndoles toda  
atención prestada, se despide,  
atentamente.

Fdo. Gabriel González Maurazos



Zamora, España, 23 de agosto  
del 2000

*A Quien Corresponda:*

Muy señores míos: He tenido  
noticia del certamen literario que  
esa entidad promociona y  
desearía presentarme al mismo.

Les ruego, si tienen a bien,  
enviarme, con la mayor premura,  
dada la limitación que el tiempo  
impone, las bases del citado  
concurso. Muy agradecido,  
aprovecho la ocasión para  
enviarles mis mejores saludos.  
Faustino de la Higuera Calvo



Godoy Cruz, Argentina, 5 de  
septiembre del 2000

Dado que la información que  
me ha llegado es muy incompleta,  
al extremo de que no sé a quién  
dirigirme, pido se me perdone  
esta falta de respeto y agradecería  
se me brinde la siguiente  
información: Bases para el  
*Concurso Internacional de  
Cuento A Quien Corresponda*,  
convocado por ustedes.  
A la espera de su amable  
contestación, les saludo  
atentamente.  
Santiago H. Morales

*Agradecemos estas solicitudes  
de información,  
lamentablemente nos resulta  
muy difícil responder  
personalmente éstas y otras  
cartas recibidas en la redacción  
con motivo del concurso.  
Suplicamos a quienes nos lean en  
cualquier parte del mundo y  
deseen información sobre  
nuestros eventos, sean tan*

amables de enviarnos su correo electrónico para facilitarnos la posibilidad de la respuesta oportuna.



Azuquena, España, 4 de julio del 2000

Estimado lector:

Adjunto tenemos el gusto de remitirte la publicidad correspondiente a los números 0 y 1 de *Pulp Magazine*, pulpine dedicado a la Ciencia Ficción, la fantasía y el terror entre los años 1920 y década de los sesenta.

Nuestra publicación posee un enfoque retro, por lo que no encontrarás en ella ni reseñas de libros actuales y relatos de los denominados "Hard SF" o "New Thing"; en ella encontrarás gran cantidad de "Space Opera", "Serie B" y fantasía y terror correspondientes a la denominada "Edad de Oro" del género.

Te rogamos nos disculpes si te ha molestado, aunque sea en una mínima medida, esta carta. Si no deseas seguir recibiendo este tipo de publicidad, envíanos una carta con la indicación "a franquear en destino" con tu deseo de no volver a recibir correo y serás adecuadamente atendido. Si te interesa recibir la revista dirígete a Edición y suscripciones, Román Goicochea Luna, Senda San Lorenzo 7-4ºG, 19200, Azuquena de Henares, Guadalajara, España.

E-Mail:

romagoicochea@hotmail.com

Sin otro particular,  
aprovechamos para enviarte  
nuestros mejores saludos.

Atentamente:

Román Goicochea Luna



Buenos Aires, Argentina, julio del 2000

Revista *A Quien Corresponda*:

Ante todo queremos presentarnos. Somos la directora y la secretaria de redacción de la revista literaria *Papirolas*. Hace tres años que comenzamos con esta hermosa tarea de editar una revista literaria mensual de distribución gratuita, en la cual los escritores de todo el mundo tuvieran un lugarcito para editar sus poemas y cuentos.

Otro de los grandes sueños que tratamos de llevar a cabo es establecer contactos con colegas y poder gozar de un intercambio que nos enriquece a todos.

Gracias a Dios contamos con amigos de todo el planeta, pero la tarea es ardua, ya que seguimos agregando a nuestra listas revistas con las cuales hemos establecido vínculos. Nos sería muy grato establece correspondencia regular con ustedes y para ello les hacemos llegar, tanto algunas de nuestras revistas así como también plaquetas que diseñamos para escritores amigos.

Norma Padra

Gabriela Delgado

*Agradecemos los envíos que nos permiten conocer otras formas expresivas. Nos comunicaremos mediante el correo electrónico en fecha próxima para establecer líneas de comunicación.*



11 de agosto del 2000

Estimados José Luis Velarde,  
Guillermo Lavín y demás  
realizadores de la publicación:  
Tengo el placer de dirigirme a

ustedes, en representación de la Biblioteca Municipal del Paraná –organización no gubernamental y sin fines de lucro, de crecido prestigio en la región por su extensa labor en el campo cultural, fundada en 1873 por Domingo Sarmiento- para comunicarles el proyecto en que esta institución se encuentra hoy en día embarcada y para invitarlos a participar del mismo.

En coordinación con la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre

Ríos y la revista literaria paranaense *Pobre Vincbuca*, estamos formando la Biblioteca Internacional de Revistas

Literarias y Afines que ya funciona en nuestra sede. Es así que nos agradecería mucho poder contar con ejemplares de la publicación que ustedes editan, tanto

números vigentes como atrasados. La creación de un ámbito como el que hoy estamos impulsando supone un gesto de rebeldía en el contexto de la lógica acaparadora

de los medios masivos de comunicación, pues establece un ámbito público específico de reivindicación de aquellas publicación que cuentan con menos recursos y por lo general tienen una buena tirada. En caso de estar ustedes interesados en

participar de esta iniciativa, rogamos nos envíen entre un (uno) y 2 (dos) ejemplares por cada número en existencia

mediante el correo tradicional a la siguiente dirección: Buenos Aires 256, (3100, Paraná, Entre Ríos, Argentina. Si desean enviarnos otro material, también lo integraremos a la biblioteca.

¿Disponen ustedes de e-mail? Para cualquier consulta, estamos a su disposición en internet: [www.bipopar.org.ar](http://www.bipopar.org.ar). La página



web de la Biblioteca de Revistas Literarias y Afines está en preparación; en ella, por ejemplo, en breve, se podrá consultar un boletín mensual con producciones destacadas halladas en las publicaciones entrantes a la Biblioteca. Al día de hoy son casi 60 las revistas de 7 países (Francia, España, Costa Rica, U.S.A. México, Uruguay y Argentina) que ya han enviado sus ejemplares adhiriéndose a nuestra propuesta. Desde ya agradecemos su valiosa colaboración. Sin otro particular, les saluda cordialmente:  
Marcelo Mangiante  
Biblioteca Popular del Paraná  
*Responderemos por correo electrónico para solicitar el envío de los portes postales que nos permitan mandar la revista. De otro modo nos resultará imposible.*



Formo parte del comité organizador del Encuentro Editorial Latinoamericano que auspician el PEN Club Internacional y la Universidad Católica de Salta, Argentina, que se llevará a cabo en junio de 2001 en Guadalajara, Jalisco, México. Martha Cerda, la directora, propone seis mesas de trabajo: crítica literaria, traducción, revistas literarias, aspectos legales (derechos de autor), mercadotecnia y relaciones públicas, y editoriales independientes y universitarias. Por tal motivo, nos gustaría invitar a *Cactus Ediciones* a dicho encuentro. Con oportunidad les enviaremos la información básica y las condiciones de alojamiento y alimentación (parece que

tendremos algunos patrocinios de la UNESCO y del gobierno estatal). Pero necesitamos saber si la propuesta les interesa, para lo cual requerimos de mayores datos de la editorial: domicilio y teléfonos, nombre de los responsables, tiempo de labores, géneros que manejan, número de títulos publicados (autores y años de edición) y libros que presentarían en el año 2001 (hasta junio, por supuesto). Esperando que esta información sea de su interés, quedo a sus órdenes,  
Luis Armenta Malpica  
Mantis Editores  
*Esperamos poder asistir a este evento que desde ahora ya luce interesante. Se contesta por separado. Mil gracias.*



El pasado 14 de septiembre se presentó con gran éxito la novela *Toda la Tierra*, de Saúl Ibargoyen. Esta interesante obra puede conseguirse en la nueva Liberia Gandhi, en Miguel Ángel de Quevedo casi av. Universidad. También puede ser adquirida en la red si accede a , desde donde será enviada por correo a cualquier lugar del mundo. Cabe mencionar que la novela ha despertado excelentes comentarios en los ámbitos literarios del país y del extranjero.



4 de octubre del 2000  
A Quien Corresponda:  
Por este medio quisiera expresar mi interés en participar en el concurso Internacional de Cuento "A Quien Corresponda", es por esto que les solicito me envíen la

información necesaria: a qué dirección hay que enviarlo, cuáles son los requisitos, cuántos números del cuento hay que mandar y datos por el estilo. Gracias por la atención a la presente, quedo de ustedes.  
Atte. J. Felipe Núñez  
*Respondimos a su correo electrónico en un santiamén.*



Monterrey, Nuevo León, 23 de octubre del 2000  
A Quien Corresponda:  
Por medio de la presente, deseo agradecer el donativo hemerográfico que tan amablemente nos hizo llegar a esta Biblioteca, consistente en el siguiente material: Revista A *Quien Corresponda*. Estos ejemplares pasan a la etapa de organización hemerográfica para formar parte de nuestro acervo y difundirlo adecuadamente. Agradeciendo sus atenciones y esperando vernos favorecidos con donativos posteriores, quedamos de Usted.  
Lic. Clara Portales  
Universidad Autónoma de Nuevo León

